



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ

**Facultad de Psicología
Instituto de Investigación y Posgrado**

**“El Superyó en el caso de un joven de 21 años”
(Los fenómenos como defensa o castigo del sadismo superyoico)**

T E S I S

**Que presenta como requisito para obtener el grado de
Maestra en Estudios Psicoanalíticos**

MARÍA CRISTINA ORTEGA MARTÍNEZ

Asesor: Mtro. Carlos Gerardo Galindo Pérez

San Luis Potosí, S.L.P.

Junio del 2004



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ

Facultad de Psicología
Instituto de Investigación y Posgrado

T E S I S

“El Superyó en el caso de un joven de 21 años”
(Los fenómenos como defensa o castigo del sadismo superyoico)

Que como requisito para obtener el grado de Maestra en Estudios
Psicoanalíticos

Presenta:

María Cristina Ortega Martínez

Dirigida por:

Mtro. Carlos Gerardo Galindo Pérez

Sinodales

Mtra. Silvia Larisa Méndez Martínez
Mtra. María del Carmen Rojas Hernández
Mtro. Carlos Gerardo Galindo Pérez

Mtra. Ma. Marcela Morales Loo
Secretaria General de la Facultad de Psicología

Dr. Agustín Zárate Loyola
Jefe del Instituto de Investigación y Posgrado
de la Facultad de Psicología

Lic. Víctor Manuel Arreguín Rocha
Director de la Facultad de Psicología

San Luis Potosí, S.L.P.
Junio 2004
México

DEDICATORIA

A las personas que me acompañaron cuando elegí estudiar esta maestría, entre ellos mi familia, mis amigos y los compañeros del ITESM Sede Durango.

A quienes viven la fascinante experiencia de ser sujetos del psicoanálisis, compañeros de maestría y amigos cercanos.

A las personas que de alguna forma han estado conmigo, mis alumnos, los nuevos amigos, los de siempre.

A los que me han escuchado.

AGRADECIMIENTOS

Al Instituto de Investigación y Posgrado de la Facultad de Psicología
De la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Al Mtro. Víctor Javier Novoa Cota
Coordinador de la Maestría en Estudios Psicoanalíticos.

Al Mtro. Carlos Gerardo Galindo Pérez
Asesor de Tesis.

A las Maestras
María del Carmen Rojas Hernández y
Silvia Larisa Méndez Martínez
Lectoras y sinodales.

Al insuperable claustro académico de la maestría.

Al Lic. Mario Cortés Garay
Director de Carrera LEM
ITESM Campus San Luis Potosí.

A la Lic. Laura Cecilia Gómez Álvarez
Correctora en redacción.

Al ITESM Campus San Luis Potosí.

**“EL SUPERYÓ EN EL CASO DE UN JOVEN DE 21 AÑOS”
(Los fenómenos como defensa o castigo del sadismo superyoico)**

RESUMEN

El Superyó es la instancia psíquica que Freud describió como aquella donde se produce la conciencia moral, el sentimiento de culpa, la autocrítica; pero es además, como más tarde lo reafirma Lacan, el portador de la pulsión de muerte y por tanto del goce. Producto de la introyección del Padre mítico, heredero del Complejo de Edipo, el Superyó es el mensajero de la castración y del más allá de la misma. Actuando a través de imperativos silenciosos dirigidos al Yo, es como manifiesta su poder y sadismo de forma casi imperceptible. Tanto que por más que el sujeto busque el éxito o la felicidad, encontrará en sí mismo el obstáculo para alcanzarla: las inhibiciones y los síntomas. Finalmente todo conllevará a la angustia y la culpa por no alcanzar un Ideal de perfección. De tal manera que, en el caso expuesto sobre un joven de 21 años, mediante el intento de profundizar en las causas de su demanda de ayuda en el marco de un sistema escolar, se pueden ver los estragos en el psiquismo y en el cuerpo, de la fuerza con que un Superyó avalado por la religión puede provocar.

María Cristina Ortega Martínez
Maestría en Estudios Psicoanalíticos
Facultad de Psicología
Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Asesor: Mtro. Carlos Gerardo Galindo Pérez

Junio 2004.

ÍNDICE

	Página
RESUMEN	v
INTRODUCCIÓN	vii
CAPÍTULO	
I ANTECEDENTES DEL SUPERYÓ	
a. Concepto del Superyó.	1
b. Superyó y Complejo de Edipo.	15
II LAS FUNCIONES DEL SUPERYÓ Y SU RELACIÓN CON EL YO	
a. Ello, Yo y Superyó.	21
b. El Superyó y el Yo en las estructuras psíquicas.	34
III EL SUPERYÓ Y LA CASTRACIÓN	
a. Inhibición, Síntoma y Culpa.	43
b. Castración, Goce y Angustia.	55
IV LOS FENÓMENOS DESCRITOS DEL CASO DE UN JOVEN Y EL SUPERYÓ	
a. Descripción del caso.	70
b. Acercamiento a la explicación de algunos fenómenos descritos.	
1. La sexualidad no contada.	79
2. La culpa en el cuerpo.	82
3. El dios-padre.	84
V CONCLUSIONES	91
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	101

“EL SUPERYÓ EN EL CASO DE UN JOVEN DE 21 AÑOS”

(Los fenómenos como defensa o castigo del sadismo superyoico)

En la intervención con jóvenes estudiantes de la universidad, cuyos motivos de consulta tienen que ver con lo académico, se pueden encontrar casos en los que la solución no es tan sencilla como monitorear su desempeño, transmitirles técnicas de estudio, dialogar con la familia, etc. Pues la problemática manifiesta en el discurso puede mostrar un más allá de lo evidente, que ni el sujeto que demanda la ayuda, sabe las causas de su padecimiento.

Si se realiza un escucha más libre, no directiva o limitada a lo que cotidianamente se resuelve, se podrá leer en las palabras pronunciadas y en aquellas que se guardan, razones más profundas e inconscientes que motivan la conducta.

Los casos que se atienden a este nivel, tienen que ver con el fracaso escolar, sin considerar que esto puede ser solo un síntoma más de lo que está viviendo el sujeto, que puede ser una repetición, un mensaje, o bien un acto proveniente del Superyó.

Esto implica dos cosas, por un lado que el fracaso escolar tiene motivaciones inconscientes, pero que además puede no ser lo único que refleja la dinámica psíquica del sujeto, sino que pueden existir otras evidencias, tal vez, hasta más graves.

Por tanto, en el caso que se ha elegido para exponer, de un sujeto que ha sido enviado para atenderse por su bajo desempeño escolar, como si este fuera una repetición constante; a través del tiempo y de las entrevistas, manifiesta otras circunstancias, que podrían verse como inhibiciones, como síntomas, como angustia. Se dan ocasión sucesos

graves, que en lugar de hacer pensar en un camino hacia la cura, considerándosele solamente como la eliminación de síntomas, descubren que hay algo más fuerte en el sujeto que lo empuja hacia estar al borde de la muerte. Como si cada vez la expresión de su inconsciente fuera más fuerte o tratara de ser más clara, pero presentándose como castigo. Un castigo que lo lleva al extremo, pero que al mismo tiempo no lo destruye totalmente.

Dado todo esto, la intervención en casos semejantes debe ser distinta, o por lo menos la escucha tendría que ser considerando que no es solo un fracaso escolar lo que se hablará, sino el sujeto, su deseo, su goce y más.

Por otra parte hablar de las motivaciones inconscientes que llevan al fracaso, a las inhibiciones, a los síntomas, inevitablemente dirigirá la vista al Superyó. Instancia de la que se ha hablado mucho, se le ha calificado de heredera del Edipo, de moral en el sujeto, etc. Se le ha relacionado con la pulsión de muerte y el sadismo. Así no es tan simple abordarlo y ver los efectos o consecuencias de su función en los sujetos.

Como es, pues, el Superyó en este joven, que lo castiga tan duramente, pero no lo aniquila.

a. Justificación

Respondiendo a dos interrogantes, ¿porqué el tema del Superyó? Y ¿porqué un caso?

Abordar el Superyó, como un tema inacabado, por las contradicciones que se encuentran en su misma constitución, por las máscaras con las que se presenta en el sujeto, que muchas veces han confundido a los teóricos, pensándolo como una instancia protectora o que ayuda a la permanencia del lazo social, mientras que para otros, sigue claro como aquel que posee un carácter destructivo, el imperativo a gozar. Que sin embargo, dependiendo de la estructura psíquica, se responderá ante el de distinta manera. La fuerza

del Superyó, de la que habló Freud y Lacan, puede ser del todo aniquilante, ¿cómo es que se consigue contrarrestarla?.

Pero ¿si la estructura psíquica no es tan definida? Es decir, para la teoría puede resultar clara la forma de tramitar las exigencias superyoicas del neurótico, del psicótico y del perverso, pero en la clínica, no siempre queda del todo definido si el discurso del sujeto está del lado de la neurosis o qué tanto su padecimiento lo instala en un goce psicótico o en un perverso.

Solo al escuchar al sujeto, se sabe, cómo hace esa “negociación” con las voces superyoicas o de qué manera se enfrenta o somete a ellas. De ahí la importancia de presentar un caso.

El porqué del caso elegido, es por los múltiples síntomas y/o sucesos que se hicieron manifiestos a partir del tiempo en que se escuchó su discurso.

Sin dejar de lado que la situación escolar es el marco que dio cabida al encuentro con este sujeto, es probable que la revisión de este caso, pueda impactar en la forma de intervenir en los demás.

De ahí que la revisión teórica que precede a la exposición del caso, comienza con los antecedentes del Superyó, como concepto y de acuerdo a su formación en el sujeto. Después las funciones del Superyó y su relación con el Yo, donde se explica la naturaleza del Superyó a diferencia de las otras instancias psíquicas, cómo coexisten y cómo enfrenta el sujeto al Superyó a partir de su estructura psíquica. Y cómo último capítulo teórico El Superyó y la Castración, donde se aborda la inhibición, el síntoma y la culpa, para finalizar con los conceptos más profundos que son la castración, el goce y la angustia.

b. Pregunta de investigación.

Si el Superyó es un imperativo de goce, es la instancia que transita del lado de la pulsión de muerte, invitando a la aniquilación, a la destrucción, ¿cómo es que se puede soportar? ¿cómo es que en el caso presentado, una vez que se llegó a padecer de un castigo casi mortal, no se consumó en su totalidad? ¿qué detuvo la pulsión de muerte? O ¿es que el sadismo del que se habla, por parte del Superyó, busca una destrucción lenta, un sufrimiento permanente, más que la aniquilación? O ¿es que hay también alianza con la pulsión de vida, ya que están mezcladas de alguna forma?.

O será tal vez, ¿que el castigo que aparentemente es contra si mismo, va dirigido hacia el Otro como un mensaje a descifrar?.

¿Son los fenómenos manifestados en el sujeto del caso una defensa contra el sadismo superyoico o es un castigo de esta instancia?.

c. Hipótesis

El sadismo superyoico no conduce a la aniquilación del sujeto en su totalidad, no porque conserve algo de pulsión de vida, sino porque al mismo tiempo que obliga a buscar la no castración, queda un resto de la ley, que provoca la culpa y la búsqueda de castigo constante. Una constancia que detiene la destrucción, pero no el padecer.

El sadismo superyoico lleva a la continuidad (al goce) no a la aniquilación.

Los fenómenos manifestados, más que un castigo son una defensa ante el sadismo superyoico en el caso del joven.

d. Objetivos

Revisar la bibliografía freudiana sobre el concepto de Superyó (relacionado con inhibición, síntoma y angustia, culpa, masoquismo y pulsión de muerte).

Revisar la bibliografía lacaniana sobre el concepto de Superyó, el imperativo a gozar y el nombre del padre.

Analizar el caso, identificando las manifestaciones superyoicas, comparando la teoría con el caso y ver sus puntos de coincidencia o interrogantes irresueltas.

e. Metodología

Revisión bibliográfica

Análisis comparativo de la teoría con el caso presentado.

CAPÍTULO I

ANTECEDENTES DEL SUPERYÓ

*El demonio a mi lado acecha en tentaciones;
como un aire impalpable lo siento en torno mío;
lo respiro, lo siento quemando mis pulmones
de un culpable deseo con que, en vano porfío.*

Charles Baudelaire

Hablar de los antecedentes del Superyó nos lleva a dos tipos de acercamiento, por un lado, la forma en que Freud fue construyendo tal concepto, desde sus primeras ideas sobre la conciencia moral, hasta que lo bautizó con tal nombre; y por otra parte tiene que ver con la historia en los sujetos sobre cómo se fue dando lugar en el psiquismo a esta instancia.

a. Concepto de Superyó.

Comenzando por los antecedentes teóricos: el Superyó en la teoría psicoanalítica es un constructo importante, básico y de los más complejos. Insertado como parte de la tríada de la segunda tópica, que para Freud es fundamental para entender el comportamiento humano, además es elemento que aparece, aunque aún no tan definido, desde los primeros estudios más específicos sobre el inconsciente y la primera tópica.

Cuando Freud escribe “La interpretación de los sueños” en 1900, explica de forma más gráfica y clara la constitución psíquica, proponiendo ahí la estructura de consciente, inconsciente y preconscious (primera tópica). Además presenta un fenómeno que tergiversa el material de los sueños para que no le sea tan directamente conocido al sujeto y que es la llamada censura.

La censura, que funciona entonces como un impedimento para que se lleve a cabo la realización del deseo en el sueño y que da como resultado sueños de punición y castigo, por ejemplo (eso causó que después Freud cambiara lo de realización del deseo por intento de realización de deseo).

Siendo el sueño un mensaje a descifrar, es decir, que utiliza una lógica del lenguaje, la censura viene a ser un rompimiento de tal mensaje o de las palabras para que no se diga todo, ya que hablar de sueño, es hablar de deseo. Así pues, la censura puede transformar el mensaje o bien anularlo, aplicar silencios para borrar el sentido (refiriéndose aquí al sentido de la lógica racional, no de la lógica psíquica). Esto a manera de castigo, no es otra cosa que el antecedente superyoico.

Como lo dice Martha Gerez (1993) “no se trata exclusivamente de una inhibición de la asociación ideativa sino de un imperativo a desasociar”.

La censura, como después lo maneja Lacan, actúa al mismo nivel que el Superyó, ambos, son una especie de aliados de aquella falla de la ley o aquello que no se puede decir, esa parte del real que la ley no puede contener y que por tanto reaparece en imposibilidad.

De ahí que Lacan (1955) aclara: “Una censura es una intención”, es decir su función no es meramente detener el mensaje, por el contrario es también un mensaje.

Además señala que “El deseo principal de un sueño era hacer pasar un mensaje” (Lacan, 1955) de tal manera que ya sea mediante lo recordado o lo olvidado, el mensaje está ahí y por tanto el sueño cumplió su cometido. Aquí queda clara la afirmación de que el

sueño es la realización de un deseo, ese deseo no es otra cosa que el de emitir un mensaje, el de hablar, el de hacer correr el discurso, con pausas, silencios, con censura.

La censura está de parte de la falla de la ley, aquello que no está totalmente comprendido, es la muestra de que algo se quería decir, pero la ley ha recordado la imposibilidad de decirlo. Tan es así que la censura y el Superyó están en el mismo registro que la ley.

Ya que la ley tiene que ver con el lenguaje, la censura también. De ahí que puedan surgir muchos significantes, pues la censura impedirá que se diga lo que no se debe decir. No es como la resistencia, que implica un obstáculo en el proceso analítico, expresado a través de la transferencia, sino que la censura es parte del discurso, es la que lo hace insistir.

En *El proyecto de psicología*, Freud habla del desvalimiento humano como aquello que lo lleva a la dependencia del otro y por tanto al uso del lenguaje, esto servirá después también para el antecedente superyoico, puesto que está en relación estrecha con el surgimiento del complejo de Edipo. Es decir, tal desvalimiento provoca que el sujeto necesite del otro para sobrevivir y por tanto que comience a pedir, a llamar, a hablar y de ahí se comienza el proceso del enamoramiento o la elección objetal, que dará paso a las prohibiciones y consecuentemente a la instalación del Superyó.

Además el Superyó tiene que ver con lo simbólico o el lenguaje ya que su contenido, sus mensajes, son representaciones o restos mnémicos de percepciones acústicas principalmente, de mandatos, de órdenes escuchadas. Por lo que para Freud la función superyoica en principio era ejercida por el preconciente: “la diferencia efectiva entre una representación (pensamiento) inconsciente y un preconciente consiste en que la primera se consume en algún material que permanece no conocido, mientras que en el caso de la segunda se añade la conexión con representaciones-palabra” (Freud, 1923/1998a, Pág. 22).

El concepto de Superyó viene antecedido por el término de preconsciente, al relacionarlo con representaciones-palabra. Pero también como aquella autocrítica o conciencia moral inconsciente que provoca comportamientos diversos y que Freud empieza a llamar como “sentimiento inconsciente de culpa”.

El preconsciente es reconocido como el núcleo del Yo, donde se forman el Superyó y el ideal del Yo, ya que es donde se encuentran las representaciones-palabra, o percepciones acústicas mencionadas. Debido a que en él, reina el lenguaje, es donde el Yo está estructurado, ordenado.

Además es también el núcleo porque en el preconsciente se ejecuta la represión y la percepción, ambos procesos yoicos.

Es en el preconsciente donde se perciben las palabras que el consciente capta, donde se les da paso a formarse o enlazarse con situaciones arcaicas. De ahí provienen las palabras de prohibición, las reprimendas que el yo ha traído al preconsciente y que tomará el Superyó.

Volviendo a la censura y a la autopunición de los sueños, Freud liga a todo esto el sentimiento de culpa. Sentimiento que proviene de la culpa más antigua de todas, la que produce el parricidio.

Existe, como ya se había dicho, una relación estrecha entre censura, Superyó y ley, por ello, es importante hacer un retorno al texto de Tótem y Tabú, donde Freud se ha encargado de mostrar el surgimiento de la Ley, y su relación con la culpa. Así, en tal texto señala, en primer lugar que existen dos tipos de castigos, uno automático por violaciones a la ley sagrada que tiene que ver directamente con afectar al Tótem y el que se sigue de la violación a la prohibición del incesto cuyo castigo proviene de la sociedad o del grupo.

Es decir esta ley contra el incesto está explícita, forma parte del orden simbólico, de lo expreso, sin embargo la ley protectora del Tótem está más allá de lo que se acuerda, es algo instituido sin mucha razón práctica.

Aun cuando Freud dice que la ley contra el incesto no tiene que ver con lo práctico sino con algo así como detener al individuo por tanta libertad sexual, de cualquier manera no deja de señalar que la característica de la ley, tiene que ver con lo que el ser humano posee esencialmente, así, afirma: “la ley sólo prohíbe a los seres humanos aquello que podrían llevar a cabo bajo el esforzar de sus pulsiones” (Freud, 1913/1998b, Pág. 126), obviamente porque esto perjudicaría a la sociedad.

La protección del Tótem, tiene que ver con el máximo de los daños que se le puede hacer y que no es otra cosa que el homicidio. Y ya que el Tótem es lo equivalente a un padre, se está hablando aquí del parricidio.

Para las tribus, llamar padre implica hacerlo a cualquiera del grupo que pudo serlo, de igual manera el término madre. Lo que pudiera vislumbrar ya un principio del Otro, como un padre que está en todos, un padre omnipresente.

En el texto citado, Freud deja en claro que las leyes o la prohibición tienen que ver con el deseo. No existiría una prohibición de algo que no se quisiera hacer, no habría necesidad. Y si la ley es tan fuerte, es porque el deseo que busca su quebrantamiento también lo es. Es así como Freud llama a esto *el complejo central de la neurosis*, por el que, el sujeto está en constante conflicto entre lo que el deseo le pide y lo que su necesidad de ser aceptado o agradable al Otro, le permite hacer. Es nombrado complejo central de la neurosis, porque se reescenifica en el Edipo, tener que suprimir su deseo a cambio del amor de los padres y como protección ante la amenaza de castración. Sabiendo que el Edipo es el momento crucial donde se funda la estructura psíquica.

La ley tiene esa doble vista, la que prohíbe y que por tanto anuncia en sí misma lo prohibido como lo deseado. Es tan deseado que es preciso prohibirse. Sin embargo la prohibición del incesto no es otra cosa que moralidad. Moralidad en el sentido de que es impuesta o acordada por el grupo de iguales para preservar el lazo social. Mientras que la otra prohibición, la de no cometer parricidio no tiene que ver con eso, se dicta por sí misma, es anterior a los dioses.

Así pues, recordando que para Freud existe un desvalimiento (en la infancia y en el primitivo) que hace al sujeto dependiente del otro, ante quien experimenta ambivalencia por esta misma razón lo necesita y porque no puede estar sin él es odiado cuando se ausenta. Se le trata al otro como al Tótem. Considerando la manera en que se lleva la relación con las figuras totémicas, de ahí surgen las dos leyes principales: no matarás y no cometerás incesto. Leyes que actúan en el inconsciente a través de la censura en los sueños.

El Tótem tiene dos capacidades (como las que se imputaban a los reyes): “la aptitud de recordarle a un hombre sus deseos prohibidos, y la otra, en apariencia más sustantiva, de inducirlo a violar la prohibición al servicio de esos deseos” (Freud, 1913/1998b, Pág. 41). Así estas capacidades están entrelazadas, pues sólo se recuerda la prohibición cuando surge el deseo. Coinciden recuerdo y tentación. El recuerdo de que existe un deseo cuyo cumplimiento sería el castigo y la tentación de la vuelta del deseo, porque existe alguien (el Tótem) que sí puede quebrantar la ley. La prohibición es como un contagio pues un hombre seduce al otro. El ejemplo del que sí la ha roto, es contagioso.

Existe de suyo pues, una desconfianza ante la figura totémica, pues se le adjudicaba además, la capacidad de controlar la naturaleza. De ahí que no es ilógico observar la ambivalencia por el ser amado, que sucede de manera similar como cuando el padre o los hijos se muestran sobreprotectores con los otros: la hiperternura no es otra cosa que hostilidad.

Para que no quede duda de que el padre es visto como el animal totémico o es el equivalente, basta con la siguiente afirmación: “el Tótem del linaje es objeto de la veneración de un grupo de hombres y mujeres que toman su nombre, se consideran descendientes de un antepasado común y de una misma sangre..” (Freud, 1913/1998b Pág. 106).

Por otra parte la forma en que los primitivos se relacionan con el Tótem es muy semejante a lo que después Freud teoriza como el complejo de Edipo. Por ejemplo, el proceso de identificación, que se ve manifiesto en el acto por el que los primitivos comían de la carne del Tótem para parecerse a él. Situación que implica la destrucción del otro y la asimilación de las partes, o de los rasgos para ser igual.

Tales rituales llevados a cabo como un acto de veneración, pero al mismo tiempo para satisfacer el deseo de ser como el Tótem, de ocupar su lugar. Subrayando que lo que se incorpora no es todo, sino un fragmento “de su hiperpoder debilitado por el asesinato” (Gerez, 1993, Pág. 36).

Al igual que en el Edipo, la transmisión totémica o del nombre del padre, es por vía materna. Esto tiene que ver con que antes no se sabía a ciencia cierta que el hombre participaba de la procreación, así que tal fenómeno se confería a fuerzas de la naturaleza, a los dioses, a los Tótem, por lo que la mujer que experimentaba la sensación del embarazo, suponía que el padre o partícipe de la concepción había sido el animal, planta u objeto

(totémico) que en ese momento estuviera presente. Es así como la madre es la que señala quien es el padre.

Hasta ahí es evidente que hablar de Tótem, es hablar del padre. Ahora es importante vislumbrar la ambivalencia que se vive ante tal figura a través del mito: en el que un macho disfruta de todas las hembras del grupo, expulsa a los demás que sólo pueden aparearse con hembras de otras familias, según Darwin, de ahí que la figura del líder, o padre es el enemigo por intereses sexuales. Ante quien se guardan sentimientos dobles, admiración y hostilidad, que lo que provoca es que: “un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna” (Freud, 1913/1998b, Pág. 143).

Así, todo el ritual para calmar la culpa por la muerte, implica la identificación con el Tótem, esto es lo que hace el Yo, permitiendo de alguna manera que el ello lo tome por objeto momentáneamente y desate las pulsiones. En los rituales se hacen fiestas, celebraciones, se permite que las pulsiones se desborden, es una especie de éxtasis, que no tiene otro objetivo que expiar la culpa y parecerse al Tótem.

Esta conciencia de culpa fue común, dándole mayor fuerza al muerto, “lo que antes él había impedido con su existencia, ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la <<obediencia de efecto retardado>>” (Freud, 1913/1998b, Pág. 145).

Sin embargo, por más rituales e identificaciones que se realicen, ninguno de los hijos puede ocupar realmente el lugar del padre, así que el fracaso es más propicio que la satisfacción para la reacción moral. Por eso se reitera, porque nunca se consigue lo que se busca. Ya que incorporar al otro significa tener lo mismo que el otro, pero al hacerlo se cae en la cuenta que el otro, tampoco es todo lo que parecía o prometía ser. En otras palabras, la castración propia enfrenta a la castración del otro.

Entonces, el sistema totemista, no es otra cosa que un contrato con el padre, para ser cuidado, una especie de reconciliación con el padre. Pues al morir el padre, se intensifica el amor, enlazado a la culpa y orientando la identificación.

Debido a las prohibiciones o a los tabú, el contacto con el Tótem no puede ser directo, se requiere de un mediador, “el súbdito, a quien le horroriza la grandiosa tentación que le depararía el contacto con el rey, puede tolerar el trato con el funcionario a quien no necesita envidiar tanto y cuyo puesto hasta puede parecerle asequible” (Freud, 1913/1998b, Pág. 40); así es menos temible el representante que el real.

La prohibición que remite al cuidado del padre, tiene que ver con los tabú, que sirven para proteger, tanto a lo sagrado, como a los débiles. Su castigo, como se decía es automático, proveniente de una fuerza interna. Sin embargo, según los ritos antiguos, el castigo le daba una especie de protección o semejanza en el trato al que rompía la ley, como lo dice Freud (1913/1998b): “lo más raro en todo esto es, sin duda, que quien ha conseguido violar una prohibición adquiere él mismo el carácter de lo prohibido; asume, por así decir, la carga peligrosa íntegra”. (Pág. 30) En otras palabras aquel que se atrevió a dañar al padre, queda marcado con el mismo tabú de no poder ser tocado, pues si se rompiera esto, provocaría un castigo al que entrara en contacto con él. Es como un contagio del tabú para el que lo ha roto, convirtiéndose él mismo en objeto tabú, representando un peligro para los demás.

¿De donde proviene el tabú? el origen del tabú tiene que ver con las pulsiones primitivas, con algo inherente al hombre. Pulsiones que al externar se vuelven peligrosas, generando la prohibición o el tabú, por lo que como una manera de defenderse de tales pulsiones, se ocasiona el miedo ante el tabú. O como lo dijera Wundt, (citado en Freud,

1913/1998b) con los demonios¹, el miedo a estas figuras, a las que se le proyectan las propias pulsiones negativas, que posteriormente se separa para hacer un temor autónomo, sin referencia a ellas.

Y qué es una figura demoníaca sino un todopoderoso, un dios vengativo, malo. Y si es un dios, por tanto tiene que ver con el padre, sobre todo si se recuerda que tanto para el niño como para el primitivo la figura poderosa, el Tótem, cualquier autoridad es como el padre, pero con una existencia a la vez eternizada. Después se convierte en una costumbre.

Pero también hay ambivalencia hacia el tabú, como lo hay para el Tótem. Al tabú se le sigue, se le respeta, aunque también se sufre por su existencia; ante el segundo, se le cuida o venera como una especie de respeto, pero al mismo tiempo se le odia.

Se sabe además, que quien viola el tabú se convierte en tabú, reforzando los sentimientos ambivalentes. Siendo así que todo tabú es temido y envidiado, de ahí que se ve en el objeto-tabú, a alguien que ha disfrutado o gozado, representando un ejemplo de lo que puede suceder si no se tiene temor. Es decir es un doble mensaje para los demás. Es como decir lo que no se debe hacer, pero también lo que se podría hacer. Una tentación y prohibición.

Así es como se hacen evidentes “los primeros preceptos morales y restricciones éticas de la sociedad primitiva como una reacción frente a una hazaña que dio a sus autores el concepto del crimen” (Freud, 1913/1998b, Pág. 160), subrayando que no sólo los hechos, el puro deseo fue suficiente, o la fantasía, para formarse la culpa.

“Por el tabú, todo sujeto será portador de un miedo sin causa que no es solamente miedo de lo prohibido sino, fundamentalmente, miedo de encontrar la ocasión de realizar la transgresión” (Gerber, en Morales y Gerber [comp.], 1998, Pág. 36)

¹ Demonio en su raíz etimológica significa lo que no debe ser tocado y, lo que prevalece entonces es el temor al contacto.

La violación de un tabú sólo se compensa por una penitencia, una renuncia. La renuncia supone que algo se quería hacer pero no se llevó a cabo. No es rechazo sino renuncia. El rechazo surge cuando algo no se quiere o es desagradable, la renuncia tiene que ver con algo que se desea, pero por las circunstancias es preferible ceder de su consecución.

Los fines o acciones penitenciarias son simples: apaciguar al enemigo asesinado, restricciones para el matador, acciones expiatorias y medidas ceremoniales. Ceremonias en las que se ofrece algo a aquel a quien se dañó o se reitera la muerte del Tótem y se le come. Ya se había señalado la semejanza de esto con la identificación, de tal manera que, podemos ver en este proceso de idealización, algo de castigo al idealizado, pues se le aísla y se le imputan capacidades y obligaciones que debe cumplir, a través del tabú de no tocarlo ni mucho menos matarlo. Pero a través de estos métodos de reivindicación ante él, lo que se origina es que convierten al asesinado en amigo guardián.

Si se trata al padre como el enemigo asesinado a quien hay que ofrecerle algo a cambio. ¿Qué es lo que se le ofrece? ¿el cuerpo? ¿la propia inmólación? Como se podrá ver más adelante, uno de los residuos o, el pago por el parricidio es la culpa, mediante el sometimiento con el castigo y las limitaciones o la obediencia a la ley.

Retomando el tabú, el peligro de tocar al rey, (a la figura totémica o paternal), de romper la prohibición, es decir ser activo, se soluciona siendo tocado, siendo pasivo. Convirtiéndose en objeto. Sometiendo el deseo propio.

Por otra parte, también se dice en tal texto, que una vez que alguien había entrado en contacto con un muerto, no podía tocar su propio cuerpo. En relación ya con la muerte, se consideran muchas más prohibiciones, por ejemplo, no pronunciar el nombre del difunto, porque eso significaba invocarle y hacerlo volver, como si el contacto con el muerto implicara la muerte propia. De nuevo la idea del contagio o de la semejanza por el contacto.

Pero, ¿a qué se debe tanto temor por un muerto? Y es que por los reproches obsesivos se vivencia la culpa por negligencia o causa de la muerte del otro, por eso se teme su venganza. Se recuerda el deseo inconsciente de dar muerte.

“la conciencia moral del tabú es probablemente la forma más antigua en que hallamos el fenómeno de la conciencia moral” (Freud, 1913/1998b, Pág. 73) la violación de ésta deriva en conciencia de culpa.

Conciencia moral es la percepción interna de que “desestimamos mociones de deseo” (Freud, 1913/1998b, Pág. 73) y la conciencia de culpa es la percepción de que se consumó el deseo. La conciencia moral nace sobre ambivalencia de sentimientos, y tiene que ver con lo permitido por los demás. La de culpa es por la simple tentación. Ambos conceptos son antecedentes evidentes del Superyó.

Pero esta conciencia de culpa, que está enlazada a lo arcaico, es decir a la prohibición del parricidio (y del incesto), provoca que el sujeto viva la angustia, porque al echarse a andar la conciencia de culpa, quiere decir que se presentó el deseo y no sólo eso, se vive como efectuado el crimen, de ahí que la angustia se inserta en el sujeto como una especie de aviso de la presencia de tal deseo.

La angustia surge además, por las creencias mágicas y narcisistas de que los deseos aunque no se expresen, se pueden hacer realidad. Así que, si se desea dar muerte a alguien y éste sufre de algún mal se cree ser el causante de tal situación; como si el deseo fuera omnipotente.

Naturalmente que la angustia, como se verá posteriormente, da aviso de que está presente el deseo y que es posible que sobrevenga el castigo, así el miedo a la cólera divina provoca el síntoma, “el autosacrificio remite a una culpa de sangre” (Freud 1913/1998b, Pág. 155). O de otra manera, si existe el autocastigo, la ceremonia de ofrecimiento reivindicatorio, es porque se vive la culpa, precedida de la angustia y del deseo.

Ahora, ¿de qué tipo de padre se habla en el texto de Tótem y Tabú, cuál es el padre al que se refiere Freud, como aquel que es amado y temido, al que sí le es permitido el goce, al que se da muerte? Para Moustapha Safouan, es el Padre ideal, cuya función es reforzar la fundación del deseo sobre la ley por medio de la prohibición y la identificación. Es imaginario, pero introduce lo simbólico por la prohibición, aún cuando es un padre muerto. A diferencia del padre real, que “la función de mediación del padre real no es, como se lo piensa comúnmente, la de oponer la ley al deseo, sino, por el contrario, la de ponerlos de acuerdo” (Safouan, 1977, Pág. 45).

No se alcanza al padre real, sino por el simbólico o el imaginario.

Así pues, el padre ideal o imaginario, es el que no únicamente prohíbe. Dice *tu no puedes aunque yo sí*. El padre ideal es el fantasma de una excepción.

Aclarando, el padre imaginario es el que resuelve la distancia entre el simbólico y el real. Porque es el que el sujeto se forma, es de quien se identifica, es al que ama y odia. El padre totémico, es el simbólico, el que establece la ley, es el padre muerto, de ahí que el tabú más fuerte o más temido es ante los muertos.

El Superyó, como heredero del mito totémico, “no proclama qué de muerto hay en el padre – que sólo es tal – sino presentifica un resto vivo como incidencia sádica” (Gerez 1999, Pág. 45) Es decir, el padre muerto es el que instauro la ley, sólo ocasiona la culpa por el deseo que alguna vez se tuvo de asesinarlo, mientras que ese resto vivo, recuerda que el deseo sigue ahí, que es un eterno presente. Ya que aquel padre muerto totémico, se hace demasiado presente, como si no estuviera muerto del todo (como la sensación del retorno de un real).

Acerca del Tótem, Freud menciona uno positivo y otro negativo, el que se conoce con este último sentido es el que prohíbe o pone límites, mientras que el primero es aquel que “empuja a trasponer los límites” (Gerez 1999, Pág. 67), y por el que para Gerez el Tótem positivo sería el sinónimo del Superyó, es ese padre al que imaginariamente le pertenece el goce.

La muerte mítica del padre, o del Tótem, que sólo hace evidencia a lo que en el cristianismo se le conoce como la culpa del pecado original, es una falta que no necesita ser cometida, porque ya existe en sí misma, al ser nombrado el padre, es muerto por el significante, así, aquello que está fuera de este orden, que sigue empujando a vivir la culpa, es el resto del real y que el sujeto imagina mediante el sentir de sus pulsiones. “Crimen irreal, que siempre se está ejecutando, que nunca acaba de realizarse y con iguales efectos que si se hubiera concretado. El padre – en Freud – es hijo del parricidio” (Korman, 1996, Pág. 446).

¿No es esta la misma historia de Edipo? Y entonces la pregunta que podría surgir es si ¿el complejo de Edipo es consecuencia del mito totémico o viceversa?, para lo que Freud aclara: “el sistema totemista resultó de las condiciones del complejo de Edipo” (Freud, 1913/1998b, Pág. 134).

b. Superyó y Complejo de Edipo.

El surgimiento del Superyó en el sujeto, tiene como principio la renuncia en la elección de objeto, renuncia que no tiene otro remedio más que la sustitución interna, es decir la “erección del objeto en el yo” (Freud, 1923/1998a, Pág. 31) con esto resuelve de alguna forma su relación con el ello, tratando de controlarlo dirigiéndolo hacia sí.

Al presentarse el Yo como objeto, el Superyó desexualiza su búsqueda, sublima la libido: desmezcla la pulsión. Cuando el Yo se convierte en el objeto, por identificación toma rasgos de las figuras parentales. Así se conforma el Superyó como tal identificación, que como se había mencionado anteriormente, principalmente es del hiperpoder. De tal manera que lo que el padre exterior viene a prohibir, ahora lo hace el Superyó al interior. Es decir, el deseo dirigido hacia el objeto y las pulsiones mezcladas, son reguladas por el Superyó, son desmezcladas y reprimidas, para que ahora el Yo, como objeto, pueda permanecer en pie, obedeciendo la ley y manejando las pulsiones del Ello. Esto es lo conocido como la herencia del complejo de Edipo.

Freud habla de tal complejo comenzando con la investidura de objeto hacia la madre (en el varón) y de una identificación por el padre (del sexo opuesto) quien posee el amor de la madre. Es así como el complejo conlleva una elección y una identificación. Identificación que se hostiliza, debido a que se desea ser como el padre, pero al no serlo, o no poder llegar a serlo por la simple razón de que se es otro, se despiertan sentimientos ambivalentes, incluyendo el odio o el desagrado por aquel a quien no se puede llegar a ser y quien puede distraer la mirada materna.

Esta imposibilidad es lo que marca la castración, la falta.

La teoría habla de un sepultamiento del complejo que supone una retirada de la investidura de objeto de la madre, conservándose un amor tierno que pueda ser aceptable; mientras que se refuerza la identificación. Es decir se renuncia a la elección y se mantiene la identificación o se hace más fuerte.

La elección se dirige al interior, ocasionando consecuencias peculiares, es el Yo quien se toma o se adjudica el lugar del objeto elegido, así el amor, pero también el odio serán hacia él.

La identificación también se vuelve al interior, el padre, mejor dicho la prohibición y su mandato se convierten en la estructura superyoica, que en algún tiempo Freud manejó como ideal del yo, diciendo que era una especie de padre protector y bondadoso hacia el Yo, sin embargo Gerez da luz al respecto para confirmar que, si el ideal del Yo es así, es porque realiza una suerte de formación reactiva, por la que protege al Yo, como si éste fuera inútil, siempre en falta, reiterando su incapacidad de ser autónomo, de ahí que, el concepto de ideal del Yo, que después se convierte en Superyó, conserva su matiz hostil.

Esta resolución en cuanto a la elección y la identificación, determina la posterior tendencia en la edad adulta a elegir objetos, ya sea por la heterosexualidad o la homosexualidad, que en principio era bisexualidad y que dada la fuerza de estos procesos se convierte en lo mencionado.

Esta herencia superyoica contiene dos leyes principales: *así como el padre debes ser y así como él no te es lícito ser*. Es decir, el ideal del yo, es aquel padre imaginario, que como ya se había mencionado, es producto de la identificación y que está revestido y conformado por el hijo.

Y ya que deviene de la identificación, retomando los conceptos tratados anteriormente sobre el padre, basta mencionar que este proceso es producto del amor y de la culpa por el deseo (del parricidio y del incesto). Así, quedarán unidos amor y culpa.

Tal sentimiento de culpa recae sobre el yo, quien es el que se identifica o ejecuta al menos en la fantasía el parricidio, así quien se lo recordará todo el tiempo, será el Superyó. Como imagen del padre gozoso y privador. De tal suerte que, el odio dirigido contra el padre retorna contra sí mismo.

Al presentarse como el objeto de amor ante el yo, también se identifica la prohibición, es decir el Superyó, y con él la culpa por esa elección por un objeto imposible. Es así como la identificación con el objeto de amor, trae al mismo tiempo la culpa por elegir ese objeto. Es una solución al exterior, que transfiere el conflicto al interior. “Puesto que la hostilidad no puede satisfacerse, se establece una identificación con quienes fueron inicialmente rivales” (Freud, 1923/1998a, Pág. 39).

Así lo que queda reforzado al exterior es la conducta tierna, facilitado por la tendencia a colocarse en una posición masoquista ante el que sí puede Ser. El sujeto se vuelve hacia el padre imaginario convirtiéndose en su objeto de goce.

“La persecución engendrada por el crimen condena a la búsqueda permanente del amor del padre y hace crecer los sentimientos de piedad hacia él” (Korman, 1996, Pág. 446.). Ya que la persecución se va al interior del sujeto, la búsqueda del amor del padre se exterioriza.

El Edipo sirve para que el niño asuma el falo como significante, como el ordenador, pero más allá de esta introducción al mundo simbólico, tenemos que hablar del representante “se trata en suma de que se enfrente al orden que hace de la función del padre la clave del drama” (Lacan, 1957).

En el artículo del *Problema económico del masoquismo*, escrito en 1924, Freud dice que el complejo de Edipo se supera cuando se logran desviar las metas sexuales, dando lugar a la constitución del Superyó por la identificación de los objetos amorosos, conservando sólo la parte que castiga. Resultando por tanto que la severidad superyoica es como la reanimación constante del complejo de Edipo.

En otras palabras, tal severidad en caso de considerarse sólo como la tendencia al castigo, sería la vuelta de la castración o de la amenaza de castración.

Repasando los hechos desde el principio, desde la relación preedípica. El niño (del sexo que sea) se encuentra en una relación estrecha con la madre, por la satisfacción que ésta le provee en cuanto a alimentos, cuidados, etc. Siguiendo a Lacan, se coloca como el objeto de la madre, o bien como un señuelo, en tanto que lo que quiere es ser también el objeto de amor de ella, tratando de representar lo que ella busca, aunque eso sea el falo. Se conforma así una especie de relación exclusiva e intensa. Relación especular.

¿Qué es lo que transforma esta condición?

Varias situaciones. En primer lugar, observar que el deseo de la madre va más allá del niño, es decir, darse cuenta de que no es suficiente, de que no es el falo. De que la madre, su objeto, es presencia y ausencia. Al mismo tiempo que el no lo es todo para ella, tampoco ella puede ser todo para él.

En segundo lugar, que toda relación absolutizante provoca reacción de hostilidad. Como ante el espejo se hace la elección o yo o el otro. De ahí que se reaccione con cierta agresividad, con tal de conservarse a sí mismo, digamos que como efecto del narcisismo. Agresividad que puede ser proyectada en el temor a ser devorado.

Hasta este momento se puede decir que se ve la frustración ante el objeto que deja de serle completamente satisfactorio. Se presenta una separación. Que sin embargo, no es la primera, pues ya antes sufrió la del nacimiento, el destete y la deposición, aunque no son tan significativas hasta que aparece la castración.

Por otra parte, sería suficiente con esta insatisfacción para que el sujeto se dirigiera a buscar otro objeto.

No sucede esto, porque este amor en combinación con el odio, es decir esta ambivalencia no es razón suficiente para separarse del todo. Lo que sucede posteriormente es que presente o no su objeto, el niño se inicia en la masturbación. Hecho que le acarrea reprimendas, ante las que puede desistir de sus pulsiones para conservar el amor.

En otras palabras, se da una separación de la ligazón madre-niño, por la insatisfacción, las experiencias antagónicas, la ambivalencia y por las reprimendas a causa de la masturbación.

Cabe mencionar que las reprimendas por la masturbación provienen de una mujer, generalmente, sea o no la madre, aunque se prometa la ejecución por un hombre o figura de autoridad. Es decir, tanto el deseo como la amenaza de devoración y la de castración provienen de la madre. Es ella quien introduce al Otro. Es quien deja su deseo para dar lugar a la ley, a la metáfora paterna, cediendo el lugar al Otro y al deseo del Otro. En lugar de deseo habrá prohibición.

Freud es claro en exponer que la simple amenaza no es lo que simboliza la castración en el niño. Por supuesto tal amenaza tendrá sentido una vez que se le ha dado primacía al pene. De tal manera que el niño cree en la posibilidad de la castración por la observación de los genitales femeninos.

Continuando con lo que sucede en el varón. Ante la amenaza y evidencia de que pueda no sólo estar en privación y frustración por sus deseos, sino castrado por una ley que prohíbe el goce incestuoso, tramita sus pulsiones, conservando las amorosas hacia la madre y las hostiles hacia el padre (facilitado por la ambivalencia) Ese amor desprovisto de lo sexual. La elección de objeto se transforma en identificación y es así como hace suya la prohibición, la ley, asegurándose así de que no se retorne a la misma elección objetal.

Y aunque este proceso se hace antes del establecimiento propiamente del Superyó, (pues este es un resultado) es ya una represión, pero no de la misma naturaleza, es algo más contundente para Freud (1924/1998b), por lo que afirma: “si el Yo no ha logrado efectivamente mucho más que una represión del complejo, éste subsistirá inconsciente en el ello y más tarde exteriorizará su efecto patógeno” (Pág. 185).

Se dice que la identificación, se hace de los rasgos de la severidad paterna, para absorber la prohibición al incesto. Pero introyectar la ley (y el más allá de ella), es decir la identificación supone una suerte de asesinato del objeto que se absorbe. Es así como se repite el crimen totémico o imaginario. Se mata al padre que pudo matar, recordando siempre la culpa que salva. Culpa, ley, que cumplen con sembrar y alimentar para siempre la angustia de la castración, para evitar así el incesto. Este es el Superyó heredado por el Complejo de Edipo.

CAPÍTULO II

LAS FUNCIONES DEL SUPERYÓ Y SU RELACIÓN CON EL YO.

*Todo hombre y ser hombre es lo primero
lleva en su corazón una serpiente
como en un trono; y cuando él dice "¡Quiero!"
ella responde "¡No!", inmediatamente.*

Charles Baudelaire

a. Ello, Yo y Superyó.

Se pensaba comúnmente que el Yo era la parte esencial del ser humano, hacia donde debería dirigirse toda la atención, para mejorar o para curar a la persona. Incluso, aún después de Freud, se ha mantenido esta idea. Esto facilitaría las cosas, puesto que al Yo se le puede educar, controlar y funcionarían todas esas terapias y estrategias dedicadas a querer fortalecer el Yo. Sin embargo es indudable que no es suficiente, que siempre se encontrarán más obstáculos, pues el Yo no es un elemento aislado en el universo del ser humano. En principio, porque no es lo primero que aparece al nacer el sujeto y porque está subordinado ante otras instancias, como lo son el Ello y el Superyó. Al nacer, se puede decir que solo existe un Ello, buscando la satisfacción, regido por el principio de placer, que debido a esto, en parte, se ve obligado a relacionarse con el mundo exterior, moviéndose internamente de tal manera que comienzan procesos de identificación que forman el Yo.

Así, para el psicoanálisis, como para la tradición cristiana expresada en el Génesis bíblico, en el principio era el caos. Freud (1940[1938]/1998) en *El esquema del psicoanálisis* dice al respecto del Ello que “su contenido es todo lo heredado, lo que se trae con el nacimiento” (Pág. 143) y que tiene que ver con las pulsiones provenientes del cuerpo, pero que no se quedan con el componente biológico únicamente. El Yo al aparecer realiza una especie de ordenamiento, desde su presencia imaginaria y la introducción al mundo simbólico por medio del nombre que identifica al sujeto. Tal como después se ordena el universo mediante la palabra, por el verbo que se hace carne.

De hecho, si se retoma la 1ª tópica, el Ello tiene una fuerte equivalencia con el inconsciente. Por lo que en él, reina todo aquello incomprensible e imposible de apalabrar. Lo somático sin explicación, lo sentido sin interpretación, las primeras sensaciones de satisfacción que jamás se repiten, la confusión del no ser.

Aunque también posee una parte reprimida y que son las experiencias que –una vez formado- el Yo somete al olvido, sin que esto desaparezca, también son figuras, voces, es decir, contenidos preconscientes o con posibilidad de serlo de nuevo porque así ingresaron al sujeto, estructurados como un lenguaje. Figuras que después el Yo puede traer de nuevo, específicamente las que provienen de los padres y propiamente dicho, del Superyó de los padres para después conformarse uno para sí mismo.

Al Ello lo caracteriza la repetición, es un silencio que siempre está presente. El Ello estrictamente es aquello que causa las formaciones inconscientes –el sueño, el lapsus, el síntoma, etc.; pero que no es lo mismo porque éstas tienen posibilidad de ser interpretadas, de ser estructuradas en el lenguaje, mientras que su causa no puede ser llevada a la conciencia. Es ese resto del objeto causa del deseo, del objeto primario, de la Cosa absolutizante y que queda velado.

Para Freud el Ello era complicado de explicarse, sólo se le puede nombrar, más no conocer, habría que conformarse con acercarse comprendiéndolo como lo opuesto al Yo, como lo advierte en la 31ª. Conferencia, donde afirma que lo que ha averiguado del Ello ha sido por su trabajo clínico y “lo mejor tiene carácter negativo, sólo se puede describir por oposición respecto del Yo” (Freud 1933[1932]/1997, Pág. 68).

De tal manera que el Ello no tiene leyes semejantes a las del Yo, como el principio de contradicción, por lo que pueden subsistir energías opuestas, eróticas y de muerte, que se unen para buscar la descarga, sin saber qué quieren. Tampoco hay estructuración temporal, todo lo que está ahí, lo está como de manera inmortal y novedosa.

La forma en que el Yo surge, es porque el Ello, al necesitar de algo ajeno que le provea satisfacción, se relaciona con el mundo exterior, de ahí se desprende el Yo, quien es el que realiza tal función y se encarga de la autoconservación, de buscar el placer, mediando con las pulsiones del Ello, los señalamientos del Superyó y los requerimientos de la realidad exterior: “el Yo se ha desarrollado por el continuado influjo del mundo exterior sobre el Ello” (Freud, 1940[1938]/1998, Pág. 160).

Este no es un asunto solamente de, como se había mencionado, necesidades biológicas o físicas, porque si así fuera, el niño una vez satisfecha su pulsión de alimentarse, gracias a la madre, no tendría necesidad de formarse un Yo, podría vivir simplemente regido bajo el principio del placer de esta manera. Es otra suerte de experiencia la que lo obliga a constituirse psíquicamente y que tiene que ver por un lado con las ausencias de aquel que le satisface y por lo que requiere de algo que controle o busque la presencia, pero también con el efecto que produce el destete.

Y no sólo eso, ya que así no se sale de la cuestión biológica, sino también con lo que Lacan llamó el *estadio del espejo*, por el que el niño da cuenta de sí mismo. Se percibe diferente al otro. Es ahí donde se encuentra con una imagen estructurada o completa y que es tanto distinta de quien lo cuida, tanto como de él.

Ya Freud (1914/1998a) en Introducción del narcisismo, trabaja sobre este aspecto, señalando: “decimos que tiene dos objetos sexuales originarios: él mismo y la mujer que lo crió” (Pág. 85). Y es en principio él mismo por la simple consecución de placer y porque al no aparecer su madre, como el quisiera, es capaz de alucinar la satisfacción, creyéndose así omnipotente.

Aquí surge la primera identificación, la narcisista, que se forja en el paso de la insuficiencia a la anticipación. En otras palabras, siendo aún incapaz desde la motricidad, con la imagen perfecta del espejo, conoce el poder que llegará a tener, la autonomía. Primera identificación por la que asume una imagen del espejo como la propia y que tiene como característica esencial que es de un cuerpo completo, de un ser perfecto, por lo que se introduce en lo estético y lo erótico. Aquella imagen digna de ser admirada y amada. Es así, como se crea el ideal del Yo, con el que el Yo se medirá constantemente. Esa imagen que es sin duda, un objeto narcisista, a diferencia del objeto primario con el que generalmente se asocia a la madre. Esa gestalt visual del cuerpo como la unidad ideal o imagen salvadora, es por la que el niño reacciona con un júbilo triunfante. Reacción de la que es capaz entre los seis y los dieciocho meses, como lo afirma Lacan.

Así, el sujeto enamorado de su imagen, busca el placer y se relaciona con el mundo exterior. Está aquí la presencia del Yo. “organización pasional a la que llamará su Yo” (Lacan, 1948/1998, Pág. 106).

“Es este momento el que hace volcarse decisivamente todo el saber humano en la mediatización por el deseo del otro, constituye sus objetos en una equivalencia abstracta por la rivalidad del otro, y hace del Yo [je] ese aparato para el cual todo impulso de los instintos será un peligro, aun cuando respondiese a una maduración natural”(Lacan, 1949/1998, Pág. 91).

En este párrafo, Lacan descubre el hecho de que no sólo aparece el Yo a partir de la imagen especular, sino que, es también la introducción del deseo del otro, porque es cuando el sujeto se identifica con algo que parece ser él mismo, pero que no lo es. De ahí que lo que deseará en el futuro, será lo que desea el otro, partiendo de que el Yo es otro. Además de situarlo en el conflicto Edípico ante el que se enfrentará posteriormente, puesto que, el Yo tendrá que controlar y reprimir las pulsiones no permitidas social y culturalmente a cambio del amor de los padres, principalmente. Situación por la que el Yo mantiene su identificación primaria y narcisista, como una forma de sobrevivencia o autoconservación. De tal manera que prefiere cuidar esa imagen, antes que arriesgarla y volver a experimentar la incompletud o que se cumpla con la amenaza de castración.

Freud (1914/1998a) dice que “lo que él (sujeto) proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal” (Pág. 91), puesto que en un principio de satisfacción plena, aunque no estuviera diferenciado del otro, le agradaba sobremanera la situación, que al observarse en el espejo existe por un lado la pérdida de sí al mismo tiempo que se le presenta la imagen. La posibilidad del doble, tiene estas dos salidas. Representa la pérdida y en ella misma la ganancia de lo virtual o lo posible. El resultado de este Yo-no Yo, es el ideal del Yo.

De ahí que para Freud es lógico encontrarse después con la instancia que reitera la satisfacción narcisista, por la que en todo momento se encargará de medir al Yo con el ideal.

Por tanto la principal función del Yo, es mantenerse a la altura de aquella imagen, por lo que buscará siempre la unidad, la armonía, la perfección. En adelante se enfrentará a las exigencias superyoicas y del Ello. El Yo, es pues, un espacio que mediatiza con las pulsiones del Ello, que las dirige, que intenta todo el tiempo conservarse por el narcisismo y que, debido a esto, se sostiene como el primer producto de la identificación.

Mientras que, por las identificaciones posteriores, o mejor dicho, lo que se conoce como identificación secundaria, se manifiesta el Superyó.

Se sabe que al igual que el Yo, el Superyó se desarrolla de alguna manera, a partir del Ello, o mejor dicho, de ahí es de donde toma lo pulsional para subsistir. Pero en cuanto a tiempo, se forma después del Yo. Como sucede entre el Ello y el Yo, es difícil distinguirlos a menos que surja un conflicto. “El Superyó mantiene duradera afinidad con el Ello” (Freud, 1923/1998a, Pág. 49), el Ello y el Superyó coinciden en que pertenecen al pasado. El Ello en cuanto a la herencia y el Superyó a lo asumido por otros.

Aunque con respecto al origen es distinto, pues el Superyó proviene también del mundo exterior. Interiormente se desprende del Ello, por la dirección de las pulsiones hacia objetos que se interiorizan –haciendo uso principalmente de la pulsión de muerte-, de las figuras parentales interiorizadas, pero también del exterior, porque es el arquetipo de los padres a los cuales desean asemejarse y porque tiene un enlace con las representaciones-palabra, de lo que ha escuchado, de las voces paternas del mundo exterior. “El Superyó [...] es la agencia representante de nuestro vínculo parental” (Freud, 1923/1998a, Pág. 37) .

Por otra parte, se puede decir de su doble origen porque tiene que ver con un hecho biológico y con otro psíquico. Se origina gracias a la desvalidez del infante que necesita ser cuidado (biológico) y del complejo de Edipo (psíquico).

Así es que el Superyó debe su nacimiento a un hecho un tanto biológico, que mejor dicho en referencia a lo pulsional, a la falta, la necesidad del otro, por lo que el Yo (su antecesor) requiere entrar en contacto con el exterior, escuchar las voces y jugar en la dinámica Edípica que, al tratar de adaptarse a las exigencias amorosas del otro, elabora identificaciones que provocan el surgimiento del Superyó. Como ya lo había antecedido Freud en el proyecto de psicología. Sin embargo, hay que recordar que la línea con lo biológico es mínima, como se explicó anteriormente en la referencia al estadio del espejo, tiene que ver con la experiencia de satisfacción y ésta en relación a situaciones somáticas, como la nutrición, por ejemplo; pero no se quedan ahí, es decir, la satisfacción entra en un orden distinto, no sólo en lo físico, sino más allá, en aquello por lo que se cree que se puede tener cierto poder del mundo exterior, lo que se convierte en demanda y posteriormente en deseo.

El Yo guarda la identificación parental convirtiéndose en Superyó, pero al mismo tiempo introyecta los objetos que había investido libidinalmente, identificándose con éstos para ponerse en el lugar del objeto y ofrecerse al Ello. Cuando el Ello se da cuenta de que éste objeto tampoco le satisface, que también es incompleto y castrado, lo arremete, haciendo uso del Superyó.

Tal identificación parental, está referida a aquel padre, hablado en el capítulo anterior, el que establece la Ley, es decir el simbólico, pero también aquel resto del padre muerto, que sigue vivo, es decir, el real. Así, desde lo simbólico el padre se introduce como el ideal de Yo, pues es el susceptible de ser amado porque cumple con la ley, con todo lo que sí está permitido. Mientras que lo real, se liga directamente con el Ello y

aquello que no tiene posibilidad de explicación, es el padre que incita a la pulsión, a la de muerte, pues es la que conoce en la eterna repetición del asesinato.

Además de que contiene también al padre imaginario, por lo que se habla de una herencia por tercera generación, ya que se interioriza el Superyó de los padres, construido bajo el ideal, o padre imaginario, aquel que el hijo fantasea. De tal manera que el Superyó es por esto la imagen que el padre se formó del abuelo.

El Superyó le recuerda al Yo que no puede ser su objeto, porque sigue siendo castrado, porque sigue sin ser el que en verdad busca, y aunque le indica al Yo que debe reprimir las pulsiones del Ello, lo castiga severamente con los remordimientos o los sentimientos de culpa, por no ser lo que desea ser. Este objeto de amor que debería ser, es el Ideal del Yo, que le muestra el Superyó y al que el Ello busca, pero cuando se acerca es como si se estrellara con una falsa imagen, pues el Yo no se parece en nada a tal Ideal.

El ideal únicamente permanece como la posibilidad de ser amado y tiene que ver con el orden simbólico, como se señaló anteriormente.

Como lo indica Freud (1933[1932]/1998) en este proceso de identificación: “El Yo puede tomarse a sí mismo por objeto, tratarse como a los otros objetos, observarse, criticarse.” (Pág. 54) Es decir, el Yo para cumplir de alguna forma con el Ello, se coloca como objeto de su amor, así tiene hacia quien dirigirse, pero tal como lo hace con los objetos externos, el Superyó lo observa y lo evalúa. La diferencia radica en que, la ambivalencia que se experimenta por los objetos externos, el amor y el odio ahora se dirigen hacia el Yo. El castigo o la agresión va hacia el Yo, aunque no el amor.

De hecho esta falta de amor es por lo que sufre el Yo (sobre todo en los melancólicos), “si el Superyó proviene del Ello, no puede sustraerse ni a la regresión ni a la desmezcla pulsional que se produce como resultado de ella” (Gerez, 1999, Pág. 278).

El Yo esperaría que, ya que el Superyó es la imagen de los padres en el interior, tendría que proveerlo también de la protección y el cuidado, sin embargo esto no sucede y se debe a que al interiorizar los objetos, los desexualiza, desmezcla los afectos y quedan separadas las pulsiones.

Se comprenderá mejor al revisar el abandono del complejo de Edipo. Por otra parte, hay que recordar que el padre que se interiorizó es justamente aquel que provoca el temor y representa el peligro.

Continuando con las funciones del Superyó, se ha mencionado la de la observación del objeto, que como se sabe “el observar no es sino una preparación del enjuiciar y castigar” (Freud, 1933[1932]/1998, Pág. 55) así que la labor de esta instancia no se detiene con este simple proceso, además evalúa, o mejor dicho critica, para después castigar.

Por otra parte, ya que proviene de las imágenes de los padres, le pertenece el Ideal del Yo, aquella figura a la que aspira el Yo a llegar a ser. Es decir, le enseña la perfección que debe perseguir y que al observarlo (y criticarlo) le recuerda que no logrará alcanzar. “el ideal del Yo es la expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del Ello” (Freud, 1923/1998a Pág. 37).

Como dice Freud (1921/1998) en el capítulo de la Identificación de Psicología de las masas y análisis del Yo “Toda vez que no puede contentarse consigo en su Yo, puede hallar su satisfacción en el Ideal del Yo, diferenciado a partir de aquel” (Pág. 103).

Y la tercera función superyoica es la de presentar la conciencia moral. Por lo que puede juzgar algo como bueno o malo. Siguiendo lo dicho por Marta Gerez (1999) sobre la conciencia moral “... ésta siempre tiene el mote de <<mala conciencia>> pues en ella no habita la paz espiritual sino el pecado, la tentación, la falta, la mácula” (Pág. 282) Así que, el resultado de sus juicios siempre serán de culpa para el Yo. Es quien lleva a la sensación de remordimiento, de los autoreproches, del arrepentimiento.

La conciencia moral, con sus voces de reproche es la evidencia más nítida de las reprimendas parentales, así aunque es parte del sujeto, no es que siempre lo fuera, pues es justamente lo que se guarda de las percepciones acústicas, viniendo del preconsciente y que por tanto es lo opuesto a lo sexual que, en cambio, está desde el principio.

Por ello, es que lo que castiga tiene que ver primordialmente con lo sexual o pulsional. Es el registro de la ley, como aquella censura que envía un mensaje de silencio o de interrupción y que si se pudiera apalabrar sería el de que se es culpable.

En resumen, las funciones del Superyó tienen como finalidad tramitar las pulsiones, dirigir, controlar, pero a través de que el Yo ejecute tales acciones. Esta es una de las principales relaciones entre el Yo y el Superyó.

Asimismo, hay otras variedades en las relaciones entre el Superyó y el Yo, como es el caso de la resistencia, fenómeno propio de la clínica psicoanalítica, en el cual de manera inconsciente, al igual que en la represión, el Superyó puede indicar al Yo qué es lo que se debe y qué no, tramitar de las mociones pulsionales del Ello. El Yo se encuentra sujeto a los mandatos del Superyó por su tendencia a sintetizar los contenidos, a unificarse, entonces hace suyas las órdenes de su amo. El problema se presenta precisamente por esta tendencia, pues igual que obedece al Superyó, guía hacia sí la libido, tiene todo el tiempo que lidiar con el Ello, pero además con el mundo exterior.

Cuando aparece el conflicto o la tensión entre el Yo y el Superyó se expresa entre otras maneras con la culpa moral.

En ocasiones, el Yo puede evitar el maltrato del Superyó, por ejemplo con algún síntoma: “puede ocurrir que la existencia del síntoma estorbe en alguna medida la capacidad de rendimiento, y así permita apaciguar una demanda del Superyó o rechazar una exigencia del mundo exterior” (Freud, 1926[1925]/1998, Pág. 95) Apropriándose del síntoma a su conveniencia. Por ejemplo enfermar de gripe puede evitar que el sujeto haga

un viaje que se le ha pedido en su trabajo, pero que no deseaba hacer, o como sucede en algunos alumnos estresados por los exámenes escolares y que generalmente padecen de alguna infección en la garganta o bien en el estómago, lo que les impide presentar examen en la fecha acordada logrando posponer la situación de prueba en la que seguramente reprobarían por no haber estudiado. Aquí el Yo se alía al síntoma para no recibir tal castigo, aunque sea solo por un momento.

Sin embargo, el Superyó no depende del Yo, es autónomo, persigue sus propios intereses, así que no es tan fácil deshacerse de su atención, si acaso su reacción se debe a factores pulsionales y a lo que proviene de la identificación. De hecho participa activamente en la formación del síntoma, sobre todo cuando éste tiene que ver con la herencia edípica.

Volviendo a su origen externo: el Superyó surge a partir del Complejo de Edipo, caracterizado por varios momentos: la elección de objeto, la identificación con uno de los padres, la ambivalencia en tal identificación causada por la amenaza de la castración por haber elegido un objeto prohibido, un objeto que pertenece al otro padre. Para evitar la castración y el despojo del amor de los padres, el sujeto renuncia a su elección. Suponiendo con esto, que el complejo se ha disuelto.

Pero tal complejo no se resuelve, se internaliza, mejor dicho, se reprime y de ahí nace la relación entre el Yo y el Superyó, como si se re-escenificara lo antes vivido. Están en otro campo los mismos elementos, el sujeto, el objeto y el obstáculo, es decir, el Ello, el Yo y el Superyó.

Al abandonar en la realidad la elección de objeto, se había dicho que el Yo se identifica con tal objeto, convirtiéndose en él o presentándose como él ante el Ello, “la sombra del objeto ha caído sobre el Yo” (Freud, 1921/1998, Pág. 103), pero al mismo tiempo se identifica con la prohibición paterna o con la amenaza de la castración, para

impedir la fusión entre el Ello y el Yo, evitando que queden atrapados el uno en el otro (si es que el Ello lograra ser engañado), en esta regresión narcisista. Absorbe las voces de la ley contra el incesto. En palabras de Freud (1923/1998a), “El Yo infantil se fortaleció para esta operación represiva erigiendo dentro de sí ese mismo obstáculo” (Pág.36).

Con esto, se puede ver cómo la formación del Superyó en un inicio, aparentemente no es totalmente negativa, tiene la función de evitar el ensimismamiento del sujeto. Por eso es la repetición compulsiva y sin tregua del conflicto edípico. Evita tal retraimiento, pero lo logra por la castración.

Como se había mencionado en el capítulo anterior, aunque la madre es quien introduce la existencia del padre (el nombre del padre), la ley de la castración; quien la ejecuta o quien el hijo espera como el castigador es el padre. Un padre con quien el Yo del hijo se identificará para conseguir asemejarse a él y obtener así el amor de la madre. Esta identificación que es de una figura con quien podrá compararse siempre para saber que tan merecedor y cercano está de conseguir el amor de la madre, en otras palabras, es el Ideal del Yo. Un ideal del Yo, reflejo de aquel padre de la castración, de la ley y que ahora representa el Superyó.

Por otra parte no hay que olvidar que lo que se interioriza no es el padre precisamente, sino su palabra, que proviene del Superyó del padre, del lenguaje, es decir de sus antecesores. “en las ideologías del Superyó perviven el pasado, la tradición de la raza y del pueblo” (Freud, 1925/1998, Pág. 63).

De ahí que el Superyó cada vez se distancia más de los padres reales, se vuelve más impersonal, se sumerge en el Ello, alejándose de la percepción. Aunque al provenir del exterior esté ligado con representaciones-palabra y por tanto pueda acercarse al consciente o por lo menos al preconscious.

Para conocer un poco más sobre la naturaleza del Superyó y la relación con las otras instancias, Freud (1923/1998a) aclara: “El Ello es totalmente amoral, el Yo se empeña por ser moral, el Superyó puede ser hipermoral y, entonces, volverse tan cruel como únicamente puede serlo el Ello” (Pág. 54) Esto se explica porque el Ello ni ama, ni odia, ya que no sabe lo que busca, simplemente busca, dominado fuertemente por las dos pulsiones, así tomando el Superyó sólo la pulsión de muerte, puede ser tan vehemente como si tampoco encontrara nunca lo que persigue, simplemente continúa en la persecución con la misma intensidad.

La relación del Superyó con el Ello es tan profunda, que si el Ello puede penetrar directamente a la conciencia –por las formaciones del inconsciente-, también puede hacerlo indirectamente por el Ideal. Por eso se le nombra abogado del Ello.

Esto es lo que Gerez (1999) explica diciendo “doble faz del Superyó, abogado del Ello y correlato de la castración que reúne los influjos del pasado y del presente, un presente que es pretérito y un pretérito que está siempre presente” (Pág. 281).

Ya que revive la amenaza de castración hacia el Yo, la culpa por la posibilidad de ceder ante el deseo de cometer incesto y dar muerte al padre, lo hace caer en angustia de muerte, provocándose una y otra vez fracasos que le confirman su gravísima falta. El Superyó se aprovecha haciéndole ver su inferioridad y generando la conciencia de su culpa, por permitir que aún existan aquellos deseos y que no fue capaz de desaparecer del todo, más que de reprimirlos.

Por eso es que el Superyó lleva al goce, sigue la pulsión de muerte, es su puerta y es el “envés del deseo” (Pág. 16) como lo llama Marta Gerez (1999), pues mientras el Yo quiere sintetizar, unirse, el Superyó desubjetiviza, busca la destrucción.

El Yo no puede evitar caer en el juego de su amo, pues no hay que olvidar que busca a toda costa la aprobación y la unión, aunque sea haciéndose daño. “el sometimiento

del Yo al Superyó implica una renuncia pulsional cuyo saldo no se traduce en pacificación sino en hostigamiento pues, justamente, la potenciación de esa renuncia deviene retroalimentación” (Gerez, 1999, Pág. 198).

“El sadismo del Superyó y el masoquismo del Yo se complementan uno al otro y se aúnan para provocar las mismas consecuencias” (Freud, 1924/1998a, Pág. 175) En otras palabras, por un lado el Yo está sujeto al sadismo del Superyó, sadismo que proviene de la pulsión de muerte que el Ello no ha podido dirigir hacia el exterior, pero también conserva cierta parte para el Yo, como parte de él y que es el masoquismo. De tal manera que son el complemento. El Superyó castiga, pero si no fuera así, el Yo le exigiría que lo hiciera, como una forma de reparar su culpa por estar en falta, por no ser lo que tendría que ser, por la castración, y también por los deseos incestuosos que aún habitan en el Ello y que le es difícil reprimir.

El Yo ha derivado en ser el cómplice involuntario del Superyó en el goce del sufrimiento, como aquel que se siente atraído por el vacío al situarse en una cornisa. Sabiéndose tan cercano de la muerte, pero sin poder alejarse de ese límite.

b. El Superyó y el Yo en las estructuras psíquicas.

En cada sujeto el efecto del Superyó es distinto, no es que sirva para la conformación diagnóstica el revisar las manifestaciones superyoicas de cada estructura, sin embargo, esto da luces sobre la intervención terapéutica, la cura analítica, pero sobre todo, la comprensión y el conocimiento más profundo de los sujetos.

De tal manera que se indagará en la diferencia que se ha observado en las estructuras conocidas y manejadas por el psicoanálisis, a partir de la forma en que experimenta cada una la culpa y se relaciona con el Superyó.

Así se puede ver cómo en las neurosis el sentimiento de culpa consciente es intenso, severo y cruel. Freud marca una diferencia de la actuación del Superyó en la obsesión, en la melancolía y en la histeria, aunque no hay que olvidar que tiene que ver con la relación del sujeto con el padre en sus tres registros. De tal manera que lo fundamental es que el odio dirigido contra el padre, retorna contra sí mismo.

Además, para Lacan, la neurosis tiene que ver con el intento de resolver preguntas, que están dirigidas al Otro, que tienen que ver con el deseo y la Ley, con lo oscuro del Superyó, se podría decir también.

En la neurosis obsesiva, el sentimiento de culpa es muy fuerte, pero totalmente expreso, aunque no aceptado, es decir, lo que intenta el Yo es desculpabilizarse, por medio de formaciones reactivas, ya que el delito que se le imputa no es algo que haya realmente cometido, sino que proviene de los deseos o pulsiones, es decir del Ello inconsciente, por tanto, la culpa también lo es. Por otra parte, como lo aclara Freud, el obsesivo no busca terminar con el objeto, no llegaría al suicidio, ya que prefiere conservarlo para sentirse seguro. La desmezcla de la pulsión lo lleva a dirigir toda la agresión hacia el objeto por parte del Ello y con la crítica del Superyó, pero el Yo se defiende y lo que acontece es un automartirio o “una martirización sistemática del objeto toda vez que se encuentre a tiro” (Freud, 1923/1998a, Pág. 54). También podría decirse que utiliza los rituales que realiza para dirigir la agresión hacia el exterior. Ya que es una culpa más arcaica, que no implica la ejecución del quebrantamiento de la ley, es desconocida, por eso el Yo puede hacer una especie de desentendido de la situación, aunque lo que se arrastre sea un castigo continuo.

Castigo que no es placentero, sin embargo se perpetúa, de tal manera que es una muestra de lo que Freud llamó como más allá del principio del placer y que Lacan nombrará como goce. El goce, por tanto aparece como un reproche.

Para Freud, la conducta hipermoral de los obsesivos tiene que ver con una forma de defender su amor de objeto, su narcisismo, pues esta neurosis está ligada más con el autoerotismo que con el orden sexual genital; y esta defensa de amor tiene como sostén la hostilidad que conlleva detrás. "... y hallará fundada la aptitud para la génesis de la moral en la circunstancia de ser el odio, en la serie del desarrollo, el precursor del amor" (Freud 1913/1998a, Pág. 345) Un odio inexplicable, basado en la ambivalencia anal y que tiene que ver directamente con el padre, con la ley que éste instaure.

De tal manera que en el obsesivo hay una regresión tras una represión, que tiene que ver esta última con las pulsiones incestuosas, sexuales y agresivas, que al regresar a otra etapa pregenital, como la anal-sádica se encuentra con la crueldad y el odio exacerbado, que es transformado por formación reactiva y así protege su objeto amoroso y narcisista: el Yo. De tal suerte que por los efectos de la desmezcla pulsional que implica tal regresión, la agresión se reorienta desde el Superyó, que dirigirá su sadismo y agresividad por medio de los reproches y la culpa, mientras que hacia el exterior se conservará el comportamiento cargado de ternura y amor para evitar la castración, la no aceptación de los otros y así tratará de protegerse.

Lo que el obsesivo hace es crearse un Otro perfecto al cual amar y odiar por la misma razón, sometiéndose desde el goce masoquista. Ya se mencionaba que el obsesivo toma una postura de inocencia o de no aceptación de la culpa y es que prefiere no saber de ella, como no saber de la falta tampoco del Otro, es decir, de la castración, por eso es que hace tal perfeccionamiento de sus objetos, de su ideal, sometiéndose al castigo del Superyó por no poder alcanzarlo, como si la no castración de su ideal, le proporcionara seguridad, a pesar de la propia.

Así utiliza el aislamiento para bloquear todo aquello que arriesgue la fortaleza yoica. Entre eso, la culpa. Ayudado por el fuerte investimento que le da al pensamiento o a la actividad intelectual, a calcular, a crear mentalmente, todo eso lo aparta de lo demás que no quiere saber. Busca el conocimiento para suplir el saber.

Sin embargo, esto no impide que el Superyó actúe, por el contrario, es una especie de círculo vicioso, en el que el Superyó castiga y el Yo se defiende aislando, pensando, fantaseando, anulando retroactivamente; tantas defensas que no le dan al Superyó más que evidencia de culpa para continuar martirizándolo.

Con la anulación retroactiva, una palabra, significante o pensamiento borra el primero, el de la tentación, pero se insiste en borrar tan continuamente que lo que se quiere desaparecer se mantiene más presente que nunca.

Como lo afirma Martha Gerez (1999) “Todo aquello que pueda encender el deseo será anulado” (Pág. 93). De ahí que se coloca como observador en el juego, sin perder ni ganar, simplemente no acercarse. Sostenerse en la nuliubicidad².

Una manera segura para el obsesivo es situarse del lado de la ley, del Otro, soportando absolutamente la ley, pereciendo en el goce de tal sometimiento. Es un culpable inocente que no se puede hacer cargo de sus tentaciones, por más que elabore defensas.

Subrayando también, que el obsesivo además por la seducción que provoca en él la Ley, es comúnmente arraigado a cuestiones religiosas, justificando enteramente que el Otro, es un Dios Perfecto, ante quien hay que ofrendar, ritualizar, para obtener el perdón por una culpa arcaica. Presentándose como aquel que cumple con todos los requisitos que la religión exija e incluso mostrándose bondadoso con el resto de las personas, amando al

² Término que indica estar en ningún sitio

enemigo, como lo ordenarían los mandamientos, aunque evidentemente esto sea sólo el resultado de una formación reactiva.

En la melancolía por su parte, el Yo se reconoce totalmente culpable, se somete al castigo, por no ser lo que el Ello desea, a pesar de la identificación. Por lo que cae presa del sadismo superyoico. Los melancólicos se han reservado la agresión para sí mismos, no la externalizan y es así como la desmezcla lleva a dirigirla por completo hacia el Yo, que no se defiende. Se introducen a la angustia de muerte y de castración, sintiéndose abandonados, odiados y por lo mismo es preferible dejarse morir. Sucumbir ante la agresión superyoica. Para Freud en el texto de neurosis y psicosis, la melancolía también podría llamarse psiconeurosis narcisista y así lo considera también Gerez (1999): “la melancolía resulta de un padecimiento donde la furia del Superyó se arroja, cruelmente, contra el Yo hasta la destrucción; y el Yo del melancólico, cual marmita narcisista de sufrimiento, no hace demanda al Otro” (Pág. 136) es decir, no pide ayuda, no espera nada que lo salve, como si la única manera de sobrevivir fuera someterse al goce.

Por el lado de la histeria, cuyo mecanismo que la caracteriza es la represión, se defenderá del sentimiento de culpa, utilizando la misma herramienta. Se supone que la represión es una acción emprendida por el Yo al servicio del Superyó, pero referente a la culpa, el Yo lo hace como en una especie de engaño, manteniendo lejos el motivo de la culpa, pero a cambio ofrece el cuerpo y su sufrimiento.

Cuando Freud expone el caso del pintor Haimann, lejos de hablar de psicosis, la maneja como una neurosis demoníaca, que para Gerez es una melancolización histérica, ya que está en juego el duelo por el padre y la manera en que se enfrenta a esto. Del lado de la histeria está situado, en tanto que implica culpar al padre por su muerte; es el Otro quien tienta, quien seduce y quien además no puede ser suficiente. A diferencia de la melancolía tal cual, aquí sí hay una demanda al Otro, es por ello que el pintor pide ayuda, exorcismo,

ser aceptado en una comunidad religiosa, etc. Existe también la ambivalencia, de tal manera que se idealiza al Otro y lo denigra, tal como lo hace el obsesivo, sin embargo va de por medio el cuerpo, los síntomas que sustituyen el cumplimiento del deseo.

La melancolía y el duelo sufrido por Haimann están enraizados con la culpa por el deseo inconsciente de la muerte de su padre y por eso es que recibe la venganza del demonio, la posesión, el pacto, los castigos y restricciones. Por eso tanto el dios como el diablo, como intento de sustitución del padre, son recriminadores. Hasta ahí la melancolía. La histeria entra en el momento en que él apela al Otro para ser salvado de la situación. Aunque la ayuda parezca inútil, es decir no lo salva del Superyó en la figura del diablo o del dios que le mandan todo el tiempo, porque la tentación de hacer un nuevo pacto persiste.

Dios o el diablo, no alcanzan a fungir como Nombre-del-Padre, sino, como la parte no simbólica, es decir, el Superyó del goce.

La figura del diablo, es la que justifica la falta, los deseos incestuosos y parricidas, el deseo del Otro es el culpable.

Por otra parte, en relación a la histeria, se sabe que esta estructura es la que hace el síntoma en el cuerpo, como se puede mostrar en este caso, mientras que el obsesivo lo hace por medio del intelecto, el histérico enferma sin saber la causa, lo que hace es volcar sobre sí mismo el padecimiento que deseaba a sus padres. La culpa, como se decía, está en el Otro, en el deseo del otro, es aquel quien merecería el castigo, al ser imposible tal situación, asume el castigo para el otro, colocándose como víctima.

Safouan (1977) dice que el histérico lo que ejecuta es una denegación: “basta con negar la negación” (Pág. 211) así es un intento de desentenderse del deseo, además de adjudicarlo al Otro. El Yo histérico proyecta en otros el deseo, pero se somete desde el masoquismo femenino ante el Superyó, por medio del goce en el cuerpo.

También se puede observar en el caso mencionado cómo el Superyó lo lleva al fracaso en toda actividad que podría haberlo reivindicado como hombre, permaneciendo en una posición de hijo, de desvalimiento. Actuando sus fantasías de posesión y de pactos para hacerse escuchar.

Lo que hace diferente a Haizmann de Schreber es que el padre del pintor puede variar entre un pobre diablo y uno poderoso, mientras que el del segundo es un padre omnipotente y absoluto.

Freud en neurosis y psicosis, dice de éstas últimas que, suponiendo que parten de un conflicto entre el Yo y la realidad, de alguna manera no se puede dejar de lado el Superyó, como componente interno de la realidad externa, dado su origen. Y de cualquier forma, lo que sucede en la psicosis es que por una frustración de tal conflicto, el Yo se retrae o queda inmerso en el Ello. Y el Superyó, también tiene origen en el Ello, sobre todo en la pulsión de muerte.

Las voces alucinadas, son mandatos superyoicos que supone le vienen del exterior. Es como si no solo usara la denegación, sino la proyección, que después Lacan teorizará como forclusión.

“... el estallido de una psiconeurosis o de una psicosis sigue siendo la frustración”(Freud, 1924/1998c, Pág. 157) Dependerá de cómo se sitúe frente a esto el Yo, si continúa buscando hacia el exterior o se deja avasallar por el Ello alejándose de la realidad.

Para Lacan, la diferencia entre neurosis y psicosis tiene que ver con la mediación del Otro, mientras que el neurótico recibe los mensajes superyoicos y los tramita mediante una demanda al Otro o haciéndose un lugar por medio de la castración que permite el deseo, escabulléndose de los mandatos, a veces por medio del síntoma; el psicótico recibe

el mensaje con toda la certeza de ser vivido o gozado por el Otro, por medio de un “Superyó real”, sin intervención de lo simbólico, como un más allá del Otro.

Marta Gerez (1993) lo retoma así: “el goce del síntoma, el pasaje al acto y la subjetivización son los riesgos en la neurosis; *automatismomental*, alucinación, crimen y aniquilación son los avatares del Superyó en la psicosis” (Pág. 192).

En la neurosis, se hace uso de un mecanismo efectivo que sirve para que se asuma la castración, y que es el odio; la mencionada ambivalencia que conlleva este sentimiento hostil, no es otra cosa que una defensa para escapar del goce materno y separarse del objeto. En la psicosis este odio no se puede tramitar, se considera al Otro como absoluto, completo, sin falta y por lo tanto sin culpa, no hay nada que se le pueda reprochar.

Como en el caso de la psicosis, específicamente de la paranoia, en que se exterioriza el Superyó, en perseguidores, en “ideal de malignidad”. Así aquel odio dirigido a la madre, se reconduce a los enemigos de fuera. Y por la forclusión del Nombre del Padre es que el psicótico queda atrapado en el Otro, en lo real, en el Superyó.

En la neurosis se asume la culpa por el pecado contra el padre, en la psicosis no hay tal culpa, hay sensación de acoso o persecución, la culpa es muda. “la persecución puesta como causa del Otro, del Otro maligno, que sólo quiere el mal y la destrucción es, en la paranoia, el envés de la culpabilidad melancólica” (Gerez, 1999, Pág. 245).

Puesto que en la melancolía se reconoce la culpa y se somete a ella, al castigo, desde el interior; en la psicosis no hay interior o exterior, pues se confunden, no hay límites, por tanto se está a merced del Otro quien lo que busca es exterminarlo; hay culpa, pero no culpables.

No se vivencia la culpa igual que en la neurosis, porque no hay una ley, se ha forcluído el Nombre del Padre. Por lo que queda invadido de un Superyó pulsional.

Por último, considerando la perversión sin profundizar mucho, se dirá que, en esta estructura lo que sucede probablemente es que el Yo se defiende de la crítica superyoica por medio de la desmentida, es decir, como si aceptara la hostilidad superyoica y la castración o el impedimento para dar trámite a las pulsiones del Ello, pero por otra parte realiza una maniobra presentándole al Ello un objeto-fetiché hacia donde le permite se dirija. Lo que hace con toda la agresión superyoica es descargarla al exterior, a los otros sujetos, como si el perverso se adjudicara el lugar del dictador de la ley o de su propia ley.

Mientras el neurótico no quiere saber del goce ni del deseo, el perverso se entrega con lealtad al goce del Otro, así mantiene el saber de su lado. Su frase sería *Yo te ordeno porque tú lo mandas*.

El perverso le ofrece un objeto a la pulsión, cerrando la interrogación o la increpación. Mientras que el neurótico engaña la pulsión ofreciéndole sustitutos de objeto, dejando siempre abierta la pregunta de que es lo que quiere el Otro.

Para Lacan, la diferencia está en que el Superyó es objeto causa del deseo en neurosis, en tanto que es objeto de goce en la perversión.

Algo también útil para la clínica diferencial es observar la culpa en sus tres registros, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO III

EL SUPERYÓ Y LA CASTRACIÓN

*Después de arrancar los broches de oro de los vestidos de Yocasta
se sacó con ellos los abiertos ojos,
diciendo que éstos no verían los males que había sufrido y
las desdichas que había causado, que, sumidos en adelante en las tinieblas,
no verían a los que él no debía ver,
y no reconocerían a los que él deseaba contemplar.*

Sófocles.

a. Inhibición, Síntoma y Culpa.

Después de conocer la naturaleza del Superyó, así como sus funciones, se revisarán los efectos y estragos que esta instancia propicia en el sujeto.

En el capítulo anterior ya se había hablado de que las funciones del Superyó tienen que ver con la observación, la crítica, el castigo, el recuerdo e instauración de la Ley, así como de lo que está más allá de la misma. De tal suerte que el sujeto tiene que enfrentarse a todo esto de acuerdo a lo que su estructura psíquica le permite, así además de las típicas defensas que su estructura le favorece, echa mano de otras vías, como lo son la inhibición y el síntoma.

La inhibición, tiene que ver con algo que falta para funcionar, es la incapacidad para actuar como normalmente lo haría. Relacionado principalmente con lo motriz, con el movimiento. Por parte de su raíz etimológica significa impedir, obstaculizar, disminuir o reducir; la fuerza, la actividad, pero también el pensamiento.

Ya que habla de movimiento, pero no sólo desde lo físico sino además de todo aquello que supone actividad, lo cual incluye la capacidad ideativa e intelectual.

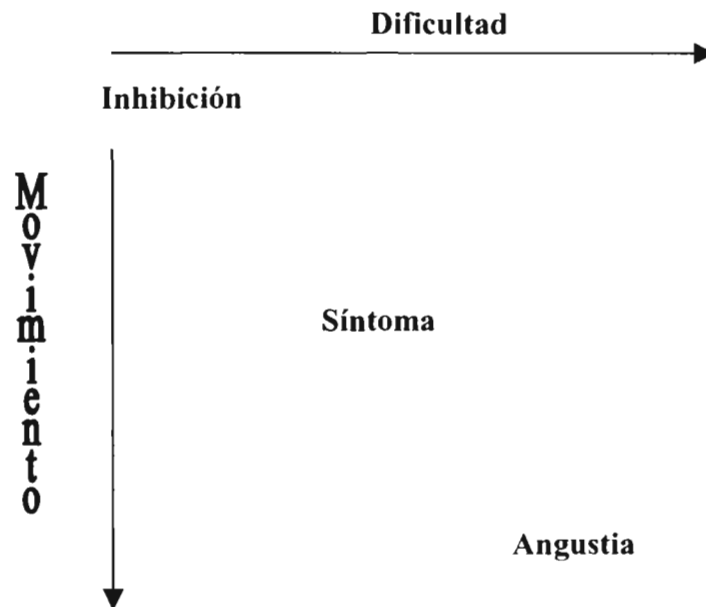
La inhibición sirve de precaución o también como lo que proviene de una disminución energética. Es un simple no poder efectuar una acción. Se activa para no provocar el síntoma-angustia, así, evita la sensación que se acerca con la culpa y con las pulsiones que la causan, como se describirá más adelante. Por ejemplo, considerando también que en un extremo las inhibiciones pueden conducir a estados depresivos. Pues se cae en una fatiga o desgano por realizar actividades o en otras palabras, de invertir labores, o personas.

Es el Yo quien puede procurar a las inhibiciones a fin de evitar acciones sexuales prohibidas, que provienen de los deseos primarios incestuosos y de parricidio, deteniendo así un conflicto con el Ello, ya que no reprime, simplemente inhibe, en otras palabras es como si tuviera toda la intención de darles cauce pero se defiende tras la incapacidad. Pero además, puede dejar de hacer tal o cual actividad como una autopunición, evitando el conflicto con el Superyó. Así se detiene de hacer cosas que le pudieran proporcionar éxito o provecho, como lo que pudiera tener que ver con el trabajo, con su capacidad creativa, etc.

Freud ve en la culpa - como después se retomará más ampliamente - una causa de la inhibición, como lo señala diciendo: "Nosotros sabemos que es su sentimiento de culpa el que lo paraliza" (Freud, 1928[1927]/1998, Pág. 186), de tal manera que el sujeto perciba cierta incapacidad para cumplir con las tareas.

Como ejemplo de lo anterior se puede ver el caso de Dostoievski, quien una vez habiéndose sentido satisfecho de autocastigo, al disminuir su sentimiento de culpa, podía entonces crear o ceder su inhibición dando paso a la escritura.

Para Lacan (1962) “en la inhibición es de la detención del movimiento que se trata”, coincidiendo en el punto de que este fenómeno es de carácter motriz, de la posibilidad de entrar en movimiento. Como lo presenta en el esquema del Seminario X sobre la Angustia, donde la inhibición está en el punto donde queda nulificado el movimiento y la dificultad.



Mientras que la inhibición es una negativa a funcionar, como se ha explicado, el síntoma por su parte, es un malfuncionamiento.

El síntoma es un desplazamiento o una sustitución, según Freud, de una satisfacción pulsional. Surge por los efectos de la represión ejercida por el Yo a las investiduras pulsionales del Ello, todo esto por una indicación superyoica.

Es como si el Yo evitara la satisfacción por la represión, sin embargo, dada la energía del Ello, no puede más que buscar otra vía y una de ellas es el síntoma. Síntoma en el cuerpo o en las ideas, que además se experimenta como displacer. Y que aunque está en función de la represión, es por el retorno de lo reprimido como se forma.

Al parecer la represión es resultado de la angustia que se vivencia, esa angustia enlazada a las pulsiones que ponen en peligro al sujeto en la escena edípica.

De tal manera que el síntoma sirve como escapatoria para el Ello, como una sustitución de la satisfacción pulsional. Aquí está el juego entre el placel y el displacer. De alguna manera esto también implica la ganancia secundaria de la enfermedad.

Así pues, en el síntoma están concatenados el Ello, el Superyó y el Yo. En las neurosis, por ejemplo, dice Freud que el síntoma, está enlazado fuertemente con el complejo de Edipo, tan así que de acuerdo a la posición frente a éste, es como se va formando la estructura psíquica, por una histeria, fobia u obsesión.

El Superyó ejerce un papel principal, sobre todo en este último caso, en el que se vuelve de una severidad despiadada, forzando al Yo a detener la pulsión, que por los efectos de la regresión se ha desmezclado y se ha convertido en agresión.

Sin embargo afirma que: "...conocemos el caso en que el síntoma histérico significa al mismo tiempo el cumplimiento de un reclamo punitivo del Superyó" (Freud, 1926[1925]/1998, Pág. 110).

En la obsesión, los síntomas son de dos tipos, de anulación y de aislamiento. Lo que se reprime es la pulsión erótica, que sobre todo lleva a la necesidad del contacto.

Por otra parte, da cuenta de que hay neurosis obsesivas sin conciencia de culpa, pues esto es sustituido mediante los ceremoniales o conductas autopunitivas. Así es que el obsesivo se cree inocente pues la represión detiene la agresión y el erotismo, pero por los efectos de la regresión se guarda como sólo agresión; esto, al parecer queda desconocido para el Yo, pero no para el Superyó, que sabe perfectamente de la pulsión.

Anula y aísla a través de un simbolismo motor, de hacer desaparecer, por un lado hacer como si no hubiera sucedido nada, como si fuera un acto de magia y la otra, como si se pudiera desproveer al asunto de los afectos o lo que lo asocia con otras situaciones.

El síntoma para Freud, es una señal, como algo que se puede dar al mismo tiempo, de acuerdo a su raíz etimológica; por lo que se pueden dar cita el sujeto y su enfermedad. Y también se refiere a tres *reinos* que coinciden en tiempo y espacio: “el del cuerpo(soma), el del alma (psique) y el del lenguaje” (Tappan, Pág. 120).

También es un sustituto, una vía para la manifestación o expresión pulsional. En otras palabras implica el cumplimiento del deseo. La misión del síntoma es darle curso a la insistencia de la pulsión, ya que ésta “utiliza las conexiones simbólicas, cargadas de sentido, para engancharse a una falsa representación” (Miller en Aflalo et al, 1989, Pág. 54).

Para Lacan, el síntoma es una metáfora, sustitución o desplazamiento del deseo. En algún momento incluso lo trató como una palabra no dicha. El síntoma tiene que ver con el equívoco de la lengua, con lo que no está dicho y que se refleja en el cuerpo. Como lo afirma Lacan (1975) “... no se imaginan que hay pulsiones, eso es el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir, pero que este decir, para que resuene, para que consueene, para emplear otro término del *sinthomadaquin*”.

Para Lacan, lo plantea “ya no sólo en el registro de lo imaginario y de lo simbólico sino también de lo real, acerca el síntoma al fantasma” (Miller en Aflalo et al 1989, Pág. 50) Lo que supone que además de su incursión simbólica o de traducción en el lenguaje y de su relación con la imagen, está su concordancia con lo real, con aquel lugar inalcanzable y que vela al objeto, justo donde se sitúa el fantasma.

Como lo aclara Chechinato en la introducción a Safouan (1988) “el síntoma es un bien del sujeto y bien para el sujeto” (Pág. 22) es decir, es aquello que lo sostiene de alguna manera, por eso después Lacan al hablar del *sinthome*, lo esquematiza como aquello que une los tres registros en el nudo borromeo. Es, pues, aquello que le da un orden. En palabras lacanianas, serían los nombres del padre.

“El complejo de Edipo como tal es un síntoma. Es en tanto que el Nombre del Padre es también el padre del nombre que todo se sostiene, lo que no vuelve menos necesario el síntoma” (Lacan, 1975).

Lacan dice que el padre es un síntoma con referencia a que puede ser el cuarto elemento del nudo borromeo que sostiene los tres registros, ya que se ha visto que el padre se puede situar en cada uno de los registros, además es un elemento que los une, pues cada registro es una versión distinta del padre³. “El síntoma surge en el momento en que el deseo se encuentra en dificultades con la Ley” (Safouan, 1988, Pág. 78) la ley del padre, la prohibición del incesto y del parricidio.

Así el síntoma esquivo de alguna manera el conflicto de ambivalencia, sobre todo en las fobias, donde puede enviar al exterior la amenaza de peligro y por tanto mostrar hostilidad ante tal, pudiendo conservar los sentimientos positivos. Además permite al Yo suspender el desarrollo de angustia.

De acuerdo a esto, también es de suponerse que el síntoma evita esos conflictos de ambivalencia y en la fobia es claro a través del objeto amenazante, como si el conflicto se desplazara al exterior, mientras que en la obsesión por ejemplo, el enfrentamiento es interno, con el Superyó que desde dentro advierte el peligro inminente o el castigo que le propinará.

No se trata del efecto resultante del conflicto entre consciente e inconsciente o entre el yo y el ello, “sino la oposición entre la cadena que representa al sujeto y el objeto que presenta al goce” (Di Ciaccia, en Aflalo et al, 1989, Pág. 25) La idea de conflicto proviene del manejo que Freud hace sobre la dualidad de energías y de instancias o de fuerzas contrapuestas, mientras que para Lacan es oposición o relación, ya que no entran dos, sino

³ Lacan hace un juego con la palabra de perversión dividiéndola en dos partes, desde su traducción francesa, por la que pere es padre, así, esto significaría que se habla de una versión distinta del padre.

tres (como el caso de los registros del nudo borromeo) e incluso cuatro (en la introducción del falo en el juego edípico).

La esencia de la neurosis consiste en “tramitar por vía somática masas de excitación que ella no puede liquidar psíquicamente” (Freud, 1928[1927]/1999, Pág. 179), esto es un síntoma.

El síntoma, aunque es vivido por todo sujeto, no se experimenta de la misma forma, (de ahí lo que tiene que ver con las estructuras psíquicas) “el síntoma es entonces una manera en que establecemos un diálogo plástico con el malestar, con el cuerpo, con la enfermedad, con la expectativa que tenemos culturalmente” (Tappan, Pág. 135).

De todo lo anterior, se puede deducir que el síntoma es una defensa ante el Superyó, pero se sabe que también existen síntomas como castigos superyoicos y es así que el enfermo no quiere renunciar a sus síntomas, como Freud afirma “ese sentimiento de culpa es mudo para el enfermo, no le dice que es culpable; él no se siente culpable, sino enfermo” (Freud, 1923/2000, Pág. 50).

Sería pues también atribuible la aparición de síntomas a la necesidad de castigo, que deviene del masoquismo moral.

Masoquismo que está marcado por la vuelta sobre sí mismo de la libido, de la pulsión de muerte. Así, no importa quien castigue o dañe, lo que importa es el padecer. Y que tiene que ver por tanto con el sentimiento de culpa inconsciente. No existirá cura del síntoma, tal vez sólo se sustituirá uno por otro, con la finalidad de retener aunque sea un poco de sufrimiento. “En todos los casos es la conciencia de culpa el factor que trasmuda el sadismo en masoquismo” (Freud, 1919/1999, Pág. 186).

Origen con el conflicto – en Freud como se aclaró anteriormente- ante el Superyó, por el que el Yo se siente culpable de no ser lo que éste le exige. El asunto está en que el sadismo superyoico es evidente dada su gestación, pero el masoquismo del Yo es difícil de descubrirse.

Este masoquismo moral o deseo de ser castigado, para Freud tiene que ver con una actitud pasiva, como la de entrar en vínculo sexual respecto a la figura parental introyectada como Superyó. Es decir, aunque sea por medio del castigo, se tiene una relación con el padre. Sin dejar de lado que al conformarse el Superyó, desexualizándose únicamente se conservó en él la pulsión agresiva. La única relación posible es mediando con esta pulsión, sólo queda el sometimiento masoquista, como un intento de resexualización.

¿Es el masoquismo producto de la pulsión erótica? Por lo que se acaba de ver con respecto a la búsqueda de la unión, aunque sea sometimiento, se podría afirmar que el masoquismo es una forma de sobrevivir, de permanecer en el agrado del otro. A costa de lo que sea.

La conversión del sadismo en masoquismo sucede por la conciencia de culpa actuando junto con la represión y porque el sadismo se va hacia sí mismo, es decir, por una regresión del objeto al Yo. Por narcisismo, ya que a la conciencia de culpa le molesta tanto el sadismo como el incesto “Por eso la sexualidad infantil, que sucumbe a la represión, es la principal fuerza pulsional de la formación de síntoma, y por eso la pieza esencial de su contenido, el complejo de Edipo, es el complejo nuclear de la neurosis” (Freud, 1919/1999, Pág. 200).

La fantasía del niño sobre ser pegado, evidencia su componente masoquista, pero que tiene que ver con un principio sádico, puesto que: “el niño azotado, en efecto, nunca es el fantaseador” (Freud, 1919/1999, Pág. 182).

Como se lee en el siguiente párrafo, el par sadomasoquismo está presente en la vida del sujeto, dividiéndose de alguna manera, entre su pensar sádico y su experimentar masoquista.

“Sólo la forma de esta fantasía es sádica; la satisfacción que se gana con ella es masoquista, su intencionalidad reside en que ha tomado sobre sí la investidura libidinosa de la parte reprimida y, con ésta, la conciencia de culpa que adhiere al contenido” (Freud, 1919/1999, Pág. 188).

Freud habla de esta paradójal situación en un mismo sujeto, cuando habla del escritor Dostoievski, analizado desde su biografía, no sólo por su obra. Considerando, tal vez, esta última como la evidencia de sus síntomas. De tal manera que dice: “en las pequeñas cosas era sádico hacia fuera; en las cosas mayores, sádico hacia dentro, y por tanto masoquista” (Freud, 1928[1927]/1998, Pág. 177).

El masoquismo además debe su origen al sentimiento de culpa inconsciente, que recurre al castigo constante. Así pues, tal sentimiento que no se reconocerá, hace alianza con la pulsión de muerte.

Aunque en la duda cabe si el masoquismo es totalmente pasivo, pues, como se ha visto en referencia a los sujetos, un sádico no gozaría con el sufrimiento del otro, si ese es masoquista. Es decir, para que el sádico disfrute del dolor ajeno, es porque el otro padece realmente, no porque encuentre placer en el castigo. De ahí que la pareja que se pueda conseguir un sádico (perverso) sea un neurótico, quien teme el dolor.

Por otra parte un sujeto que teme al dolor, no se expondría por mucho tiempo a las demandas sádicas, a menos que encontrara en ese dolor ganancias secundarias, como lo que resulta de los síntomas o la enfermedad. Y la ganancia puede ser el alivio a su sentimiento de culpa inconsciente.

Safouan dice justamente que la sociedad en la que vive (y se puede seguir pensando lo mismo con la actual), está sometida totalmente, que los hombres soportan muy bien la explotación. Y si se recuerda el mito de la conformación social sobre el Tótem, entonces es de suponerse que también existe la culpa primordial que subyace en todo sujeto y que lo hunde en una especie de masoquismo, moral, como lo calificara Freud, compartido socialmente.

De ahí que lo que está por debajo tanto de la inhibición, como del síntoma es, la culpa. La culpa como un sentimiento fuertemente arraigado en los sujetos, ya se sabe que tiene su origen en lo que se había explicado sobre el Tótem y el tabú. Es decir, en el crimen primordial.

Como se sabe, en las religiones, sobre todo en la cristiana en la que el hijo de dios tiene que sacrificarse a sí mismo por el perdón de los pecados de la humanidad, y si se sigue la ley del talión, entonces se puede suponer, que el pecado por el que se pagó de tal manera es también un asesinato: el asesinato del padre.

Esto es a lo que Freud llamó: *urshuld*, que significa culpa primordial.

Y como lo recalcará Freud (1916/2000) "... este oscuro sentimiento de culpa brota del complejo de Edipo, es una reacción frente a los dos grandes propósitos delictivos, el de matar al padre y el de tener comercio sexual con la madre" (Pág. 339).

Ya se había hablado además, que ese sentimiento no tiene que ver con la consumación del acto por cada uno de los sujetos, sino más bien es preexistente al crimen. En realidad surge por el deseo de dar muerte y el de reintegrarse con la madre. Es por el simple deseo que se vive la culpa. Deseos que se re-escenifican en el momento del complejo de Edipo, por lo que se puede decir que "La conciencia de culpa fue originariamente angustia frente al castigo de parte de los padres; mejor dicho: frente a la pérdida de su amor". (Freud, 1914/1998b, Pág. 98).

Por otra parte Freud dice que “el sentimiento neurótico de culpa correspondió al reproche que el individuo se hace por no haber cumplido su tarea de vida” (Freud, 1914/1998b, Pág. 60), indicando que existe un conflicto interno en el sujeto que es entre la tarea de vida y la inercia psíquica, es decir entre la pulsión de vida y la de muerte. Así, la culpa tiene que ver con un cierto triunfo de la pulsión de muerte.

Además la conciencia de culpa o necesidad de castigo, es tratada por Freud como una de las resistencias, ejecutadas por el Superyó, para evitar el éxito y la curación (en el análisis).

De acuerdo a los tres registros lacanianos, la culpa también puede presentarse en cada uno de ellos de distinta forma, como lo maneja Martha Gerez (1993) parafraseando a Lacan, diferenciando:

“Angustia. Único sentimiento que no engaña. Y culpa: único sentimiento consciente de culpa inconsciente porque, en tanto revelador de alguna falta en el Otro, revela al sujeto su miseria, pero vela la verdad que la culpa conlleva”. (Pág. 215).

Es decir, la culpa tiene que ver con aquello que no se sabe, el pecado original, el deseo, que para sobrevivir el sujeto, debió reprimir, pero no por eso lo desapareció. Y, en todo caso, la conciencia de culpa se debe más a la regresión de aquel deseo que a la represión.

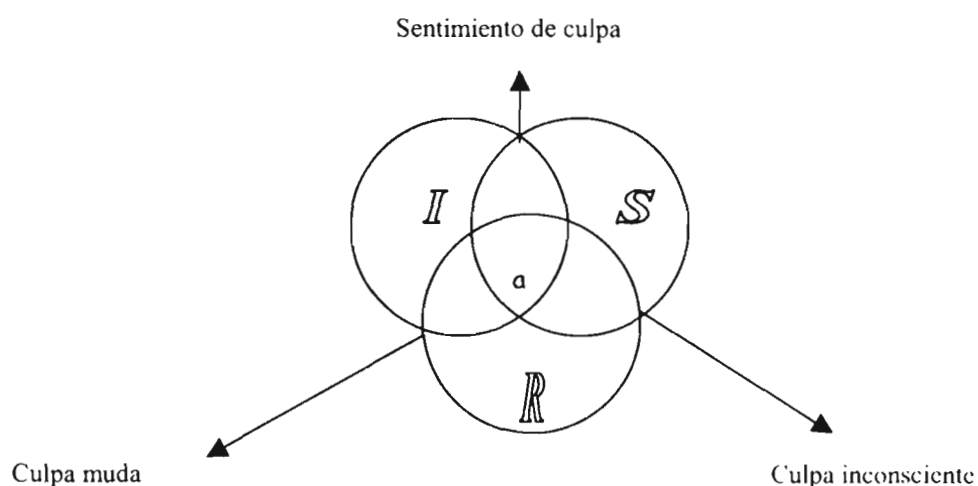
Gerez (1993) indica:

“La culpa es un sentimiento (registro imaginario), pero también, una respuesta del sujeto para cubrir la falta del otro (registro simbólico), soportada con sufrimiento y con un plus de goce (registro real)” (Pág. 215).

Así los sitúa en el nudo borromeo, donde comparten el saber, el deseo inconsciente y el goce.

En la intersección imaginaria y simbólica está el sentimiento de culpa, éste que sí puede ser percibido y sufrido, expresado. Entre el simbólico y el real está la culpa inconsciente, una culpa vivida y marcada por la ley. Y la culpa muda, entre el imaginario y el real, donde está fuera del lenguaje, sometida a Superyó y al goce, aquella imposible de expresarse.

Trébol de la culpa



De ahí que las dimensiones de la culpa, se trazan de tal manera que en primer lugar se puede negociar para minimizarse a través del amor, de recurrir al Otro; la otra manera es expiar la culpa sometiéndose al castigo superyoico y la culpa incurable que no será posible tratarse, pues es por la que el sujeto ya se ha aceptado criminal.

Cuando el sujeto sufre de una restricción superyoica fuerte, sólo redobla la pulsión y se convierte en un ciclo, pues tal pulsión genera la culpa de nuevo.

“La culpa transita entre lo real que <<llama al goce>>, lo simbólico que lo demarca y lo imaginario que recrea las figuras de la añoranza del padre y del pecado” (Gerez, 1993, Pág. 220).

La experiencia de la culpa, las inhibiciones y los síntomas, se ven enmarcados por algo más allá que está enlazado con el Superyó y con la castración: la angustia.

b. Castración, Goce y Angustia.

Se llega por tanto a lo que implica la angustia. Y como ya se había hablado es la angustia de castración. ¿Porqué el sujeto atraviesa la angustia de castración? Sin duda alguna, esto tiene que ver con lo que el desea, con lo que espera, porque de lo contrario no existiría tal amenaza, ni temor.

Habrá que mirar hacia donde se dirige el deseo del sujeto.

Al suponer que algo existe y experimentar la falta de él, se reconoce que antes tampoco se tuvo, luego se tuvo y se perdió, ahora se añora. Entonces al buscar el recuerdo de la experiencia de satisfacción, se conocería que ya hubo una falta anterior, primaria y que se está recordando o reviviendo eternamente ese placer y esa falta, esa tensión; por tanto, a lo que se llegaría sería a la carencia total, un momento previo a la satisfacción, a la no existencia, al no haber, a la muerte, al vacío.

Siguiendo la hipótesis de Freud (1920/1999) “todas las pulsiones quieren reproducir algo anterior”(Pág. 37) y algo anterior a la vida, es la nada. Incluso Freud explica esto con ejemplos en la biología y en la evolución. Si en un principio no existía nada y por fuerzas externas comenzó el movimiento, la vida, todo organismo regresará al punto de partida, a lo inanimado. “La meta de toda vida es la muerte [...] lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo” (Freud, 1920/1999, Pág. 38).

Tomando como ejemplo la luz y la sombra. Un ciego que jamás ha sentido la luz, no la extrañará o echará de menos, su estado continuo es la oscuridad o la sombra, por tanto no le hará falta otra cosa. Al encontrarse inmerso en un mundo de videntes, puede que de pronto quiera experimentar lo mismo, aunque su deseo no tiene objeto conocido, ni siquiera

inconscientemente, pues no hay experiencia primaria de satisfacción. Alguien que ha visto la luz y después ha quedado ciego, extrañará esa visión y aunque jamás pudiera volver a verla, sabrá como fue alguna vez, pero aún en él, tuvo que haber visto primero la oscuridad, para sorprenderse por la luz que apareció y perdió, porque así sabría que la luz es un estado preferido a la oscuridad.

Si el orden de aparición fuera luz y luego sombra, podría extrañar lo primero, pero podría conformarse con la sombra o con la luz de igual manera. Sin embargo si fuera sombra, luz y sombra, resultaría que ahora puede preferir el estado intermedio porque era algo que no había, le sorprendió gratamente y le fue alejado después.

Así en el hombre, el objeto primario, faltaba en el principio, no existía, no había deseo. Hay un momento en el que aparece y se vive la experiencia de satisfacción, el objeto de nuevo se pierde (en el caso de ser la madre, por la ley de prohibición del incesto y todo lo que conlleva: la culpa, la castración, etc.) y por eso se desea revivir, pero debido a la represión, a la naturaleza prohibida de aquel objeto, se ha olvidado como alcanzarlo.

Más bien no se ha olvidado, no se sabe como alcanzarlo de nuevo, por eso el deseo no encuentra. Y no sabe cómo llegar a él, porque el sujeto no fue quien lo atrajo voluntariamente, sino que fue expuesto placenteramente ante él. ¿Cómo podría obtener algo que le perteneció (si es que así fue) sin saber su procedencia? No tiene dirección o un lugar, mucho menos un nombre o palabra que le pudiera decir donde está.

Y si su destino es retornar a esa experiencia de satisfacción, forzosamente habrá de encontrarse de nuevo con la falta primera o el displacer previo.

Si el objeto no fue producto de una atracción por el deseo mismo, si lo llegara a alcanzar, de nuevo se encontraría con la falta porque no podrá asirlo, no le pertenece, como nunca le perteneció. Así que finalmente, el deseo, volvería a la nada.

Es así como el sujeto se mueve por dos pulsiones, la de vida y la de muerte. Siendo la más fuerte o imperativa la última, porque es la búsqueda de lo estable, de lo que ya era.

Es necesario hablar de la pulsión de muerte, pues como se vio anteriormente, el Superyó es su agente, por decirlo de alguna manera, o su vocero. Toma su fuerza de tal pulsión. Y como se sabe, sólo de la de muerte, debido a la desmezcla pulsional que al conformarse el Superyó se efectúa. Por el contrario, el Yo es quien trata de conservarse, de sintetizar, de sobrevivir, aliándose a la pulsión de vida.

Todo esto sucede al sepultar el complejo de Edipo. El sujeto tiene que dejar de lado la hostilidad o rivalidad que siente hacia el padre con el fin de evitar el castigo de la castración, además de que, ya que el padre es quien puede tener el amor materno, se convierte en una figura para identificarse. Así se vivencian sentimientos ambivalentes hacia la figura paterna, también hacia la materna, por un lado porque representa el primer objeto, pero por otro porque no se le puede alcanzar. Para seguir conservando el amor de los padres, el sujeto tiene que desviar la agresión hacia otro sitio. Desexualizando el afecto, el sentimiento que prevalece es el amor tierno. “la pareja parental, fueron introyectados en el yo, a raíz de lo cual el vínculo con ellos fue desexualizado, experimentó un desvío de las metas sexuales directas”. (Freud, 1924/2000, Pág. 173) Habiendo visto ya que la manera de manejar estos sentimientos es mediante la represión, principalmente. Puesto que los deseos prohibidos no desaparecen, sino que se detienen y son llevados al inconsciente, convirtiéndose en lo reprimido que provoca formaciones del inconsciente manifestándose en los lapsus, sueños, equívocos, etc.

Por otra parte, tal conflicto se lleva al inconsciente. Lo que quiere decir que al introyectar las figuras parentales en el Superyó, se lleva con ella la amenaza de la castración principalmente, la Ley, de tal manera que la hostilidad, la agresión y la pulsión de muerte quedan incrustadas totalmente en esta instancia. De ahí que el Ello tiene un lugar hecho a su medida para la descarga de tal pulsión.

No existe en el Superyó algún resto de pulsión erótica, pues sólo tiende a la destrucción, a la inanimación, no tiene que ver con el intento de restituir algo, esa, es función yoica. No se hereda lo erótico al Superyó en el sepultamiento del complejo de Edipo, ya que tal pulsión puede ser sostenida en el exterior de cierta manera, mientras que la agresión no.

El criminal, (que también podría considerarse en este caso a la instancia superyoica) se caracteriza por el desamor, como lo afirma Freud en su ya citado texto sobre Dostoievski. Es así que se desmezcla la pulsión.

Retomando la pulsión de muerte, Freud la fue teorizando a partir de explicarse el principio de placer y displacer, en relación a los sueños. Al sostener su tesis principal de que los sueños son cumplimiento de deseo, no podía entender del todo, como era entonces con los sueños displacenteros, angustiantes o traumáticos.

De ahí que reconoció que, en primer lugar podía un sueño de esta índole ser producto de la instancia crítica, es decir del cumplimiento de un deseo superyoico, mejor dicho del logro del castigo esperado (reencontrando el carácter masoquista del Yo).

Y es que el placer no siempre es lo placentero. Como observó Freud en el juego del *fort-da*, un niño repetía la escena de la ausencia y presencia de la madre, principalmente de la primera, siendo esto contrario a lo placentero. sin embargo encontró otra posible explicación y es que, el placer se hallaba en tener el control sobre la aparición y desaparición del objeto. Sobre todo en mantenerlo alejado.

El placer está en juego con la representación, con mantener la distancia con relación a la realización del deseo, el placer permite la represión.

Como se puede observar también en los rituales obsesivos, que repiten escenas, aunque se puedan llamar traumáticas o displacenteras, pero que también tendrían que ver con ejercer dominio sobre la situación.

Volviendo a la pulsión de muerte, Freud define la pulsión como “un esfuerzo inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior”. (Freud, 1920/1999, Pág. 36) Dejando atrás las pulsiones sexuales o de vida, da cuenta de algo que se contrapone, pero que le es natural al sujeto, que, llevado al extremo, sería igualmente placentero, mejor dicho gozoso, “el organismo sólo quiere morir a su manera” (Freud, 1920/1999, Pág. 39).

Las pulsiones no tienen satisfacción, aunque por ser reprimidas o desviadas, siempre estarán pugnando por la repetición de un estado anterior. De acuerdo a los vocablos manejados originalmente por Freud, la pulsión está en relación a lo que deriva, de tal manera que “lo que conduce las velas del principio del placer es la pulsión de muerte. Con Lacan, la trayectoria del velero –del sujeto- será el goce” (Bello, Pág. 140).

Cuando Freud se detiene a revisar la naturaleza de las pulsiones de vida y de muerte, se da cuenta que la erótica tiene un componente sádico, por el que existe la ambivalencia de amor y odio de los objetos y por el que se le quiere aniquilar, devorar, destruir (de acuerdo a las etapas pregenitales) o dominar (en la genital-fálica) además del componente tierno. Y es así como descubre la mezcla pulsional.

Así el masoquismo, no es otra cosa que el sadismo vuelto hacia sí mismo, hacia el Yo como objeto.

La función del principio del placer es: “la de hacer que el aparato anímico quede exento de excitación, o la de mantener en el constante, o en el nivel mínimo posible, el monto de la excitación” (Freud, 1920/1999, Pág. 60), si esto es así, se puede observar su fuerte ligadura a la pulsión de muerte, a la vuelta al no movimiento.

Para diferenciarlas, Freud dice:

“... las pulsiones de vida tengan muchísimo más que ver con nuestra percepción interna; en efecto, se presentan como revoltosas, sin cesar aportan tensiones cuya tramitación es sentida como placer, mientras que las pulsiones de muerte parecen realizar su trabajo en forma inadvertida”. (Freud, 1920/1999, Pág. 61).

De donde se sabe que la pulsión de muerte es silenciosa, no aparatosa, difícil de descubrir, encubierta por la de vida.

En *pulsiones y destinos de pulsión*, Freud hacia 1915 dice que hay cuatro destinos: el trastorno hacia lo contrario (conocido como formación reactiva), la vuelta hacia la persona propia, la represión y la sublimación.

En el trastorno hacia lo contrario, coloca como ejemplo el sadismo y el masoquismo, pues así la meta de martirizar se cambia por la de ser martirizado, pero además también se puede ver en estas conductas o comportamientos la vuelta hacia la persona propia, pues el masoquismo es el sadismo vuelto hacia el Yo.

Para Freud, el sadismo tiene un inicio masoquista; es decir, hasta que se ha pasado por el dolor, se puede pensar en provocarlo al otro. Y agrega: “el gozar del dolor sería, por tanto, una meta originariamente masoquista, pero que sólo puede devenir meta pulsional en quien es originariamente sádico.” (Freud, 1915/2000, Pág. 24).

Así, trasponiendo este escenario a las instancias psíquicas, se puede ver en el origen del sujeto el sufrimiento por la separación de la madre, por la diferenciación en el orden del deseo, la aparición del Otro y por la castración, situación que luego reproduce en el interior cuando se conforma el Superyó. De tal manera que lo que padeció, ahora lo infringe dentro, contra el Yo, ejerciendo el peso de la Ley por medio del Superyó.

La pregunta radicaría ahora en por qué el sujeto vivencia una y otra vez el conflicto edípico internamente. Es aquí cuando nos enfrentamos a que el placer llega a un exceso, que lo convierte en displacentero, pero más que eso es algo a lo que se le puede conocer como Goce.

Pulsión de muerte en Freud, Libido, Goce para Lacan. Un resto instalado en el registro de lo real. “El goce es una expresión referida a la satisfacción que logra la tendencia real íntima del sujeto, que lo conduce compulsivamente a la repetición, a un estado anterior a la vida: la muerte”. (Bello, Pág. 149) Se puede ver así la analogía plena entre la pulsión de muerte freudiana y el goce lacaniano, conservando su principal característica que es la tendencia a la repetición.

Por otra parte, esta referencia con la compulsión a la repetición, indica su carácter de insatisfecha, de remitir a la falta, a la ausencia, a la falta en el Otro.

“La pulsión es entonces la ficción que trata, en el núcleo de la experiencia analítica, sobre la paradoja de la satisfacción en el sujeto: estar satisfecho no es tener aquello que su corazón o su cuerpo necesita, pide y hasta desea”. (Brousse en Aflalo et al, 1989, Pág. 18).

Goce que también remite al cuerpo, como el síntoma. Que tiene que ver con lo que no es posible expresar del todo por la palabra. Escapa del orden simbólico aunque está enmarcado por él.

Goce y castración son un par enlazado, en primer lugar porque implica que el sujeto a quien se le ha prohibido satisfacer sus pulsiones, se enfrenta con el fuerte deseo y la búsqueda de conseguirlo, al poder ver que el prohibidor sí lo ha hecho. El mandato de “no hagas como Yo”, sólo empuja el deseo, que preferentemente se conserva así, pues “el deseo mismo es ya una defensa” (Safouan, 1988, Pág. 51) ante la posibilidad de gozar. Así que el sujeto se mantiene como espectador ante el goce de Otro, ante la mirada gozosa del Otro.

Y que al mismo tiempo esta postura puede sugerir también algo de goce, por sostener tal lugar de sufrimiento.

Que tiene que ver, como se decía antes, con el cuerpo, porque goce toma prestado el sentido que en el Derecho se le otorga, como de usufructo, de que sólo se puede gozar de lo que se posee y lo único de lo que el sujeto podría ser dueño es de su cuerpo.

La seducción (de hecho o fantaseada) como el origen de las neurosis, no es otra cosa que el goce del Otro del cuerpo del sujeto. Que aún si no existiera la seducción, el desvalimiento en el que el niño se encuentra provoca la dependencia de ese Otro, colocándose como objeto. Es ser objeto del deseo del Otro, que llama y que al mismo tiempo prohíbe e impone obstáculos al cuerpo.

Así lo expresa Braunstein (1998): “la seducción originaria que localiza el goce en el cuerpo y que lo prepara para su inmediata condenación haciendo a tal goce inaceptable, intolerable, inarticulable, indecible. En otras palabras sometiéndolo a la castración” (Pág. 20).

De tal manera que el goce es la existencia del Otro dentro de uno mismo. Ese lugar vacío, lleno de carencia, de pulsiones que no pueden encontrar satisfacción, imposible de decirse.

Desde esta perspectiva, el síntoma es un goce encapsulado, pues es la sustitución de algo que no se puede decir y que toma al cuerpo para manifestarse.

El principio de placer “es el modo de contener y refrenar, por medio de una instancia interpuesta, el Yo, al goce. Su operación no depende de la ley” (Braunstein, 1998, Pág. 25) la Ley está más allá del principio del placer, tiene que ver con la introducción del orden simbólico, por lo tanto tiene que ver con la castración, con la Ley del deseo.

El goce primero que escapa a la Ley, es aquel que tiene que ver con el objeto, con la madre. Luego viene el deseo que se incorpora a partir del Edipo, de la Ley del deseo por la que se ordena a desear sin que se encuentre satisfacción, a través del amor.

Se puede encontrar la oposición entre el principio de placer y el goce, en la relación sexual. El principio de placer es el que busca la descarga tensional, el orgasmo para volver al reposo o al equilibrio, mientras que el goce tiene que ver con la excitación, con el mantener la tensión, misma que llega a una decepción, al terminar como resultado de la intervención del principio de placer. Es pues una defensa ante el goce. Puesto que el goce llevaría a la extinción.

El goce tiene su origen en aquella primera relación objetal, por la que el sujeto se da cuenta de que su objeto aparece y desaparece, no lo satisface, se pierde, por lo tanto es una relación displacentera. Fuera del lenguaje y en cuanto se incorpora en él, desaparece la posibilidad de la reunión con la Cosa que no tiene que ver con la palabra. Es decir, el goce es lo real.

Para Braunstein, Freud usó el término de libido como lo que Lacan reconoció como goce, ya que el primero encontró en la “fuente perturbadora que asalta al aparato desde adentro y que no aspira a la ensoñación ni a la retracción. El naturalismo lo llevó después a concebirla como una <<energía>> y a darle el nombre de <<libido>>..” (Braunstein, 1998, Pág. 33).

Libido que como se sabe se fija en distintas partes del cuerpo, crotizándolas, y que le da primacía al falo. Que como goce, se manifiesta en síntomas.

Ya que el goce es la unión con la madre, es la desubjetivización, es por la castración que se puede lograr lo contrario y por el síntoma se sustituye lo que falta por ejercerse como tal.

De tal manera que las pulsiones y sus vías de satisfacción se encuentran con su límite conocido como castración.

Se sabe que en Freud el concepto de castración, está fuertemente ligado al complejo de Edipo, en el que se padece la amenaza de ser cortado del miembro que puede unir al niño con la madre y por efectos de tal advertencia se reprimen los deseos, el incestuoso y el de dar muerte al padre para apropiarse de la madre. “Cuanto más idealizado está el padre – por designar lo prohibido- tanto más exacerba el deseo, aumenta las ansias por destruirle y se incrementa la persecución” (Korman, 1996, Pág. 447).

Además señala que no se habla sólo de un órgano, sino que el niño se pone todo él, es decir, todo el cuerpo y más allá de su cuerpo, como aquello que podría satisfacer a la madre. Dando comienzo con ello, al concepto de Falo que después extendiera Lacan.

Pero la castración va más allá de la amenaza, remite a una imposibilidad y a una deuda de sangre, a un autosacrificio.

Para Safouan (1988) existen dos tipos de castración, una imaginaria y otra simbólica; la primera es la que se encuentra en el asunto de la rivalidad y la consecuencia, imaginaria por tanto que no sucede realmente, y la segunda, por la que se puede tomar el lugar de hijo, asumiendo un nombre del padre. La verdad del padre, es la castración.

Y la castración así vivida, remite a la castración de la madre también. Por eso no se quiere saber de esto. “La función del padre: corte, hace su emergencia en la fase de la primacía del falo” (Galindo, 1982); su función no recae sólo en el hijo, también es la prohibición a la madre de no integrar al producto y así evita que el hijo sea el objeto absoluto del deseo de la madre. De ahí la angustia que echa a andar la represión, para no

dar cuenta de la pulsión que habita y empuja, amenazada con un castigo que sólo hace recordar la imposibilidad, la falta y que no se puede ser todo para el Otro. Y querer ser todo o simplemente algo para el Otro supone que ese Otro también necesita de ese algo. Así es como también descubre la castración del Otro. “Lo que provoca angustia es justamente ese sentimiento de insuficiencia, insuficiencia que se manifiesta en forma de castración en relación al deseo de la madre”. (Safouan, 1988, Pág. 88).

La angustia es la señal de proximidad del saber, ¿saber sobre qué? Sobre el deseo, y sobre la no realización, sobre la falta, la carencia o el peligro a la destrucción. Sobre lo que el Otro desea.

Cómo ya lo había dicho Freud en *Tótem y Tabú*, “la aparición del animal totémico en la cercanía de una casa solía considerarse como aviso de un deceso”. (Freud, 1913/1998, Pág. 108) En otras palabras, la presencia o la sola referencia a la presencia del padre, es la amenaza de castración. Porque el Tótem, como figura parental, avisa de un deceso, de la muerte del hijo si infringe la Ley.

Es así como “cada castigo es en el fondo la castración y, como tal, el cumplimiento de la vieja actitud pasiva hacia el padre” (Freud, 1928[1927]/1998, Pág. 182).

Actitud pasiva que lo lleva a una identificación a modo de castigo que reza “<<Tú has querido matar a tu padre para ser tú mismo el padre. Ahora eres el padre, pero el padre muerto>>”; (Freud, 1928[1927]/1998, Pág. 183) por eso la identificación, conlleva un padre castrador, gozador, eterno, un muerto siempre presente recordando el crimen, el goce y provocando el castigo continuo.

Por lo tanto “la angustia es lo que se interpone entre el deseo y el goce, entre el sujeto y la Cosa” (Braunstein, 1998, Pág. 23).

Para Freud existe la amenaza de castración que todo el tiempo detiene la libido o el goce, para Lacan, la intervención de la castración, del nombre del Padre es la salvación contra el goce.

De tal suerte que si el deseo del otro ha tomado forma de mandamiento, la angustia tendrá su resolución bajo la forma de culpa o perdón. Es decir, el pago por la castración es la angustia.

El complejo de Castración está enmarcado en la creencia de que existe un solo sexo y al observar la diferencia, concibe la posibilidad de la pérdida de lo masculino.

“En la castración, hay una falta fundamental que se sitúa, como deuda, en la cadena simbólica. En la frustración, la falta sólo se entiende en el plano imaginario, como daño imaginario. En la privación, la falta está pura y simplemente en lo real, límite o hiancia real” (Lacan, 1956).

La angustia es un afecto, según Lacan y el afecto no se puede reprimir, puede estar “desplazado, loco, invertido, metabolizado, pero no reprimido. Lo que está reprimido son los significantes que lo amarran” (Lacan, 1962).

Este afecto, como los otros, llamado angustia tiene tres características, es displacentero, requiere acciones de descarga y percepciones de éstas.

Así, la angustia de castración, está presente desde el momento en que los sentimientos y pulsiones se dirigen hacia los padres. Sentimientos ambivalentes, de ternura pero también de odio. Como ya se había explicado en lo referente al complejo de Edipo, la ternura se maneja de tal manera que se puede expresar directamente, en la mayoría de los casos, mientras que la hostilidad se reserva para evitar el castigo, que sin duda es la castración. Así, cuando se presentan estas pulsiones, sobre todo las hostiles, surge la amenaza del peligro (del castigo), o la percepción de que ahí está la posibilidad de la castración, al observar la diferencia sexual, entonces aparece la angustia que mueve al Yo para que las

reprima. “El niño tendrá que renunciar a su libido de objeto con relación a su libido narcisista” (Galindo, 1982) no pudiendo detener plenamente la pulsión; ésta se escapa o se dirige a la formación del síntoma.

Freud al hablar de la angustia lo hace desde el punto de vista de que no es un afecto reciente o un efecto, sino que “es reproducida como estado afectivo siguiendo una imagen mnémica preexistente” (Freud (1926[1925]/1998, Pág. 89) que no es otra cosa que la vuelta a vivenciar la amenaza de castración, no porque se haya efectuado, sino porque se rememora el peligro.

Cuando Freud empezó a revisar el concepto de angustia, lo tuvo que diferenciar con lo que Rank había manejado como la separación de la madre en el nacimiento. A través de la reflexión, Freud concluye que todas las angustias experimentadas invariablemente remitirán a la de castración, incluso lo vivido como un peligro para la conservación de la vida, es decir ante la muerte, o ante la ausencia del objeto; siempre y cuando éstas cobren un sentido de posibilidad de sanción, se re-significará como la castración.

Respecto a su relación con el Superyó, indica “al despersonalizarse la instancia parental, de la cual se temía la castración, el peligro, se vuelve más indeterminado. La angustia de castración se desarrolla como angustia de la conciencia moral, como angustia social” (Freud, 1926[1925]/1998, Pág. 132), donde interviene activamente el Superyó.

La angustia frente al Superyó es la angustia de muerte, porque se teme el peor castigo hacia el Yo, la aniquilación, la muerte, que remite a ver en la castración también un concepto más amplio y sumamente relacionado con la muerte. Siendo ésta no sólo la eliminación de un órgano, pues ya el mismo Freud, comentó que el niño sobrevalora el pene como el instrumento que lo unirá a la madre, pero después sustituye ese órgano por toda su persona. De ahí que no se habla ya de un órgano, sino de algo más allá. Si el niño

ve a toda su persona como lo que podría ser valioso para su madre, ¿no es la castración una aproximación (sino es que un sinónimo) a la muerte?.

Por lo que Freud ve en el síntoma la escapatoria del Yo ante la angustia. Y esto se activa cuando percibe un peligro pulsional. No un hecho, no un peligro del exterior, no el cumplimiento de la castración, simplemente aquellas pulsiones o el deseo que conllevarían la consecuencia del castigo.

Lo que hace el Yo no es enfrentar las pulsiones, solo darles otro cauce, evadiendo el posible castigo. De tal manera, se defiende, pero no resuelve.

Es lógico que en la vida adulta el temor a la castración no sea manifiesto, es decir quede albergado en el inconsciente, y lo que sustituya esto sea, por ejemplo, el miedo a contraer alguna enfermedad si se da rienda suelta a las pulsiones.

La angustia vista desde Lacan se presenta ante la no respuesta de ¿qué me quiere?, que para él sería “¿qué quiere él en lo relativo a ese lugar del yo?” (Lacan, 1962).

De tal manera que la angustia se presenta ante el deseo del Otro, pues representa la falta que hay en el Otro, la inconsistencia, la castración que refleja la propia.

Al mismo tiempo que se desea ser deseado por el Otro, está la resistencia a convertirse en el objeto del deseo del Otro, o de ser aquello que lo complementa, en otras palabras, angustia ante la muerte, ante no ser más que una parte del otro, sin diferencia, sin existencia propia. Identificarse con el Falo, que de cualquier manera arroja a un espacio vacío, un significante sin referencia a otro, que significa nada.

Esta es la castración, angustiante, que busca constante y repetidamente el sujeto para volver a su origen.

Cuando Freud habla de lo ominoso, como aquello que lleva al fracaso, a la vergüenza, a los temores, a la culpa, (culpa por el placer) responde por el Superyó.

“El Superyó, como instancia que vigila y sanciona las transgresiones, como código legal y penal y como fuerza jurídica y policial, ordena dentro de cada uno el suplicio, comanda la intranquilidad, exige satisfacciones que no son las de las necesidades ni las de las demandas y marca al deseo como peligroso e incolmable. Esgrimiendo la amenaza de castración en los hombres y la del abandono amoroso en las mujeres hace sentir sus imperativos de sacrificio, de deuda impagable, de posesión subyugante ejercida por el Otro. Su exhortación es a gozar” (Braunstein, 1998, Pág. 36).

Es el Superyó comandado por el goce que de manera silenciosa no deja de moverse y de crear dificultades insospechadas para el sujeto. Si bien es cierto que es el que de pronto provoca el acting out o los pasajes al acto, su sadismo radica en que no busca la simple aniquilación del sujeto, sino en su castigo continuado. El acercar todo el tiempo al sujeto con ese rasgo unario, ese rasgo de Ley, lo real, que está bajo el reino del vacío y de la muerte.

CAPÍTULO IV

LOS FENÓMENOS DESCRITOS DEL CASO DE UN JOVEN Y EL SUPERYÓ.

*Estoy llamando, tirándote la puerta.
Parece que yo soy el que me muero:
¡padre mío, despierta!*

Jaime Sabines.

a. Descripción del caso.

El caso que se expondrá está fuera del marco de la clínica analítica como práctica, pues en primer lugar el contexto es académico y obligatorio, ya que el joven del que se hablará, no solicitó la ayuda. Por tanto la lectura del caso se hará desde la perspectiva psicoanalítica, sin la intención por abordar los efectos transferenciales, ya que el tratamiento no existió, como tal, sino solamente fueron una serie de entrevistas, mismas que proporcionan el material para hacer algunas consideraciones a partir de conceptos psicoanalíticos.

Se trata de un joven estudiando la carrera profesional de Licenciado en Mercadotecnia, en una institución que, al detectar bajo rendimiento académico, inscribe a los alumnos en un programa de Monitoreo del desempeño, para evitar que lleguen a ser dados de Baja, y son readmitidos bajo la condición de cursar un programa de atención académica (PAA).

Ambos programas conllevan cursar una materia con horas clase a la semana, además de la entrevista semanal en el departamento de asesoría psicopedagógica.

Él ingresa a la edad de veinte años con nueve meses al programa de Monitoreo del desempeño. Después, al volver a reprobado materias, es inscrito en el Programa de atención académica (PAA), al término del cual sólo queda condicionado. Durante un semestre no está en ningún programa y al próximo vuelve al programa de monitoreo, ya que por las calificaciones reprobatorias acumuladas y siendo la segunda vez que reincidiría en el reglamento podría procederse a la baja académica. Al finalizar este semestre causa Baja Académica, de tal manera que sus entrevistas fueron durante tres semestres, una vez por semana.

En la primera entrevista se le hacen preguntas para tomar sus datos generales, en donde informó que es el segundo hijo de tres hermanos. Ante la pregunta de cómo describiría a su familia, respondió que es “muy unida, con bases bien cimentadas, religiosas y morales”.

Con respecto a sus estudios tuvo problemas académicos en preparatoria, incluso estudio un año en sistema abierto después de haber sido dado de baja de la institución a la que volvió a nivel profesional. Las materias que reprobó inicialmente en la carrera eran Contabilidad financiera y Mercadotecnia.

De su estado de salud comentó que padeció de asma de los cinco a los siete años y a los 16 lo intervinieron quirúrgicamente por hepatitis y hemorragias.

Dijo no asistir a fiestas, aunque sale con sus amigos cada fin de semana, tiene varios amigos y nunca había tenido novia.

Asistió a psicoterapia a los doce años, por decisión de sus padres que veían que no hablaba mucho. Estuvo cuatro meses y al parecer obtuvo buenos resultados, lo que significa que dejó de ser tímido, participó más en clases y se hizo de amigos.

En las siguientes entrevistas siempre fue muy puntual y cumplido con los horarios y citas.

En el primer semestre habló de que en su familia el apego por la religión es alto. Tanto así que todos se van de misiones durante la semana santa, casi todos como coordinadores de grupos, por lo que cada quien se va a distinta población.

Además hablaba con respecto al hecho de no tener novia, que por un lado le era difícil acercarse a las mujeres que le habían gustado alguna vez y por otra parte era una decisión personal ya que quería esperar a tener edad suficiente, pues quería relacionarse en serio con alguien. Comentó que no había tenido relaciones sexuales porque deseaba esperarse hasta el matrimonio como lo mandaba la iglesia.

Se atravesó la semana santa y a su regreso de las vacaciones y de misiones, cuenta que tuvo su primera relación sexual durante el viaje. Habla del evento como algo que le agradó muchísimo a pesar de la situación. Dijo sentirse feliz y enamorado. La joven con quien sucedió es también de las chicas que acostumbran ir de misiones y por lo mismo se conocían de años anteriores. Él aseguró no haber estado previsto, sin embargo llevó preservativos. Lo sucedido fue en la noche del viernes santo en el lugar donde al grupo a su cargo le tocó quedarse en bolsas de dormir, es decir en una habitación al lado de la capilla, conocido como la sacristía.

Dijo que creía que no hizo mal porque fue por amor y eso Dios lo aprueba y que además formalizaría su relación, pidiéndole a la joven fuera su novia. Ella radicaba en una ciudad distinta (a unas siete horas aproximadamente de distancia), por lo que no podrían verse con mucha frecuencia, pero sí en períodos vacacionales o algunos fines de semana.

Después dijo haberse hecho novio de la joven, con quien se comunicaba por correo electrónico, chat y celular. Tenía planeado verla en las vacaciones.

Al final de ese primer semestre en entrevistas, como volvió a reprobado materias, entre ellas contabilidad financiera, se le inscribió en el Programa de Atención Académica para el siguiente semestre. No cursó verano, por lo que se le atendió hasta que comenzó el semestre ordinario.

Al iniciar de nuevo las entrevistas llegó contando que había sido intervenido quirúrgicamente en las vacaciones, debido a una hemorragia interna entre esófago y estómago, presentándose como un desgarre, al principio pensando que era por una gastritis severa por lo que estuvo hospitalizado por seis días. Justo antes de ir de viaje, (donde se encontraría con su novia) comenzó con accesos de tos por los que arrojaba sangre, así que al revisarlo un médico, encontró que tenía úlceras en el esófago, síntoma que se presenta en ancianos que padecen de tos crónica o en bulímicos, es decir que tienen que hacer mucho esfuerzo. Lo tuvieron que operar y estuvo en recuperación mucho tiempo. De hecho llegó mostrando la cicatriz de la operación.

Dijo no haber tenido tos crónica ni bulimia, aunque no comía bien y señala que quien sí ha tenido problemas de trastornos alimenticios como anorexia es su hermana menor.

Por tal cosa, los cuidados que le prodigaban familiares y amigos eran muchos, además cambió su alimentación.

Contó que estuvo muy grave por lo que sus padres estuvieron muy preocupados y que él no entendió por qué le sucedió eso, ya que fue un caso médico muy raro.

Después de esos eventos perdió el interés en la novia. Decía que no la quería ver, porque no podía viajar tampoco.

En una sesión llegó diciendo que no se puede confiar en nadie, en primer lugar porque cuando él tuvo una amiga en preparatoria “le conté todo, nos peleamos y soltó toda la sopa” y en segundo lugar porque “mi amiga en Monterrey tenía a su mejor amigo a quien le contaba todo y la violó”.

En el transcurso del semestre comentó estarse desesperando por los excesivos cuidados en la alimentación, como la que le proveen sus amigos.

Al hablar de sus amigos, dice que le molesta “me tratan como si me estuviera muriendo, no me gusta que me tengan lástima o compasión”. Por otro lado no pierde oportunidad en el salón de clases de hacer bromas con respecto a su cicatriz diciendo ser “el hombre más marcado de la escuela” y cuando le encargaron dar un discurso para la materia de comunicación oral, habló sobre su operación y lo que ha cambiado en él, con respecto al sentido de la vida.

De su familia, dice estar desesperado por la sobreprotección. Un día tuvo una discusión fuerte con su madre, pues ella encontró debajo del colchón bolsas vacías de papas fritas, cosas que no podía comer y por eso lo reprende. Él llegó a entrevista contándolo y diciendo que lo hizo como por desquitarse, que también a veces se bebe un refresco por el coraje que siente de estar siendo observado todo el tiempo. “Ya estoy harto de que me sobreprotejan, principalmente mi mamá. Siempre ha sido así, pero ahora más, me trata como si fuera un recién nacido, que no se puede valer por sí mismo”.

En una ocasión discutió con su hermana menor, de quien dice haberla escuchado decir que prefería que se hubiera muerto.

En otra entrevista dice: “me cala, me tratan como si me estuviera muriendo, como si me fuera a morir mañana, anoche fuimos a cenar con mi abuelita, todos comiendo *hot dogs*, menos yo, yo con mi comida especial. Me tratan muy blando, y yo sé que estoy bien”.

En cuanto a sus clases dice: “En *conta* me siento importante porque sé de la materia”.

Comenzó a gustarle una compañera de la escuela, a quien le parece difícil hablarle, aunque esta vez se acercó a través de mensajes anónimos y rosas que enviaba por medio de unos compañeros, sin comentarle nada de manera personal, hasta que dejó su labor de conquista porque aquella compañera inicia un noviazgo.

Con respecto a la novia de las misiones, dejó de serle interesante y de desear hablar con ella, sin terminar la relación, lo hace hasta que ella viaja a esta ciudad para saber lo que sucede y es cuando él le dice que lo mejor es no continuar con la relación. Así que a veces hablan por teléfono o por *internet*, pero ya sin fines amorosos.

En las entrevistas de ese semestre el tema central era hablar de su recuperación y de que no sabía el sentido de haber padecido tal enfermedad.

Al finalizar el programa de atención académica, los alumnos escriben una autobiografía. Él escribe algunos datos sobre sí mismo, como en qué escuelas estudió, por ejemplo, que en la primaria su mamá fue catequista y maestra de religión del colegio en el que estuvo. De la secundaria se expresa así: “ahí tuve dos buenos amigos de los cuales nada más con uno sigo teniendo comunicación, ahí me enseñaron muchas cosas más sobre religión y me inculcaron más a fondo las cosas de la iglesia, desde teología sacramental hasta dogmática, aquí comencé a interesarme por el atletismo, específicamente en el lanzamiento de bala y de jabalina, pero desafortunadamente no pude sobresalir”.

Del período de preparatoria dice: “tuve que salir de esta institución debido a negligencia de autoridades de esta escuela, que no entendieron de la gravedad de mi enfermedad, en este caso hepatitis”, refiriéndose a que al inicio comenzó en una escuela que no le justificó faltas por enfermedad, por lo que tuvo que cambiarse a otra.

Después de terminar la preparatoria, presentó examen en esta institución, “el cual no pasé por mínima diferencia, pero estuve en un curso de introducción y gracias a eso aprobé; en ese curso conocí a mis primeros amigos”.

Además agrega: “Recientemente tuve problemas de salud muy severos, por lo que he aprendido a valorar muchas cosas y ver quienes en verdad son mis verdaderos amigos, esto me enorgullece porque sé que no estoy solo y no sólo mis familiares me apoyaron, sino que también sé que fuera de ellos hay gente muy querida que estuvo conmigo siempre”.

“Pertenezco también a un grupo misionero salesiano tengo 5 años de ir a misiones, en ese lugar conocí también mucha gente y tengo muy buenas amistades con gente de otros estados, no sólo eso, también me he dado cuenta que la amistad no tiene fronteras..”

“En este semestre estuve en un programa académico, el cual me hizo ver muchas cosas, sobre mí y sobre las materias que cursé este ciclo, aunque tuve que pensar muchas cosas, me hizo reflexionar varias cosas sobre mí y sobre las personas y cosas que me rodean, no sólo eso, también de mi país. Creo que me ayudó a hacer conciencia sobre lo que me pasó, con esto me refiero al estado de salud en el que estuve recientemente y pues las consecuencias que esto tuvo...”.

Dejó de ir por un semestre de acuerdo a su estatus académico. Durante ese tiempo antes de salir de vacaciones de semana santa, él asiste sin cita a entrevista y anuncia que no irá a misiones por su estado de salud, aún en recuperación.

Luego volvió al siguiente semestre por estar a una materia de ser dado de baja por bajo rendimiento académico del sistema.

En una de las entrevistas iniciales comentó que ya se había dado cuenta de lo que pasó con su enfermedad y que todo aquello tenía que ver con un castigo de Dios por haberle faltado de esa manera, es decir, tener relaciones sexuales en viernes santo y a un lado de la capilla. Porque para él, Dios es amoroso, pero también justo y la ira de Dios es de esa magnitud.

No había tomado el sacramento de la confesión desde lo ocurrido en semana santa, y hasta la fecha en que dijo que tenía un significado de castigo, es como pudo ir a recibir el sacramento.

En este último semestre de entrevistas, habló también del significado de la materia de contabilidad financiera, pues la había reprobado ya por quinta ocasión. Aunque la vuelve a cursar con la misma maestra, de la que dice que le recuerda a una tía que es muy severa, hermana de su madre.

Por otra parte pasaron algunas cosas que lo hacen caer en estado de ánimo de tristeza y es que varios compañeros, amigos o conocidos muy cercanos sufren accidentes y mueren, por lo que dice: “Ya sé lo que quiero hacer, desde que pasaron los incidentes de mis amigos, supe lo que tengo que hacer, disfrutar y no echar a perder el tiempo, porque Dios perdona, pero el tiempo no. Ellos tenían muchas ilusiones, muchos planes, muchísimas ganas de vivir, desgraciadamente no les alcanzó la vida. Ahora tengo esperanza de que mi papá pueda arreglar lo de la escuela y echarle muchísimas ganas, para que se sienta satisfecho con mi esfuerzo, todo depende de Dios” Se refería a que su padre podía arreglar lo de la escuela, pues tenía pagos atrasados, que finalmente pudo saldar. Aunque esto sucedía cada inicio de semestre.

En los últimos meses de entrevista, habló de que conoció a unas personas que pertenecen a una asociación religiosa y que piensa entrar a ella porque cree que será la única manera de recuperar el sentido de su vida.

Respecto a su relación con mujeres, narra recurrentemente varios encuentros esporádicos con algunas, sin nada serio. De hecho en su lenguaje se vuelve común el uso del doble sentido. Un día habló del acercamiento que tuvo con una prima unos años menor que él, de la que dice estar enamorado. Fue durante un viaje familiar a la playa. Y los encuentros furtivos se sucedieron en casa de ella algunas veces. El trato es algo sexual, es decir se acarician y besan mientras nadie los ve, sin llegar a relaciones sexuales. Aunque a él le causa cierto temor el que los tíos se enteraran porque al ser parientes tan cercanos es una relación que no tendría futuro.

La prima trató de alejarse y de dejar de convivir con él, lo que le empezó a molestar, a pesar de que dijo estar consciente de que era lo mejor. Al final, la situación se enfría y se distancian. Él dijo estar más tranquilo porque ya no estaba en riesgo de ser descubierto.

Después contó que le gustaba una compañera de la que su mejor amigo estaba enamorado. Y que eso le impedía acercarse, aunque según él, ella lo prefería.

Su situación académica siguió siendo delicada y él dijo no poder recuperarse por todo lo que le había pasado últimamente, señalando como lo más importante la muerte de sus amigos, lo que lo sumió en una depresión de la que no había podido salir y que sabe que si lo dan de baja del sistema se sentirá fracasado, porque tiene todo para poder seguir estudiando ahí; lo que le impide sus estudios son las distracciones y el estado de ánimo.

Tuvo algunas discusiones familiares y se queja de no ser atendido por igual como sus dos hermanos, pues al parecer su mamá pone mayor interés en su hermana y su papá en el hermano, quedando él excluido de la familia. Mientras su hermano es responsable en la escuela, tiene amigos y es lo que espera su padre, su hermana se consigue un novio muy conocido por la sociedad de esta ciudad, por lo que su madre extrema en atenciones hacia ella. Él dice que los temas de conversación giran alrededor del noviazgo de su hermana y que ya está cansado de eso. Que es como si en verdad estuviera muerto.

Respecto a su hermano dijo que siempre termina por quitarle a sus amigos y siente que cuando él conoce a alguien y se lo presenta a su hermano pierde a esa persona, pues deja de ser importante. El hermano tiene más tema de conversación y de él dice que se pueden aburrir los demás, pues aunque también sabe muchas cosas de las que puede hablar, su tendencia a decir todo en broma, hace que ya nadie lo tome en serio y harte a las personas.

Vuelve a reprobar contabilidad financiera, por sexta ocasión, por lo que el sistema lo dio de baja académica.

No se despidió personalmente, pero a través del internet dijo que se iría a otro país a estudiar en un colegio que tiene el grupo religioso al que ingresó, quienes le facilitarían una beca.

b. Acercamiento a la explicación de algunos fenómenos descritos.

1. La sexualidad no contada.

A partir de los fenómenos descritos en el caso, es como se puede observar la actuación del Superyó en el sujeto. Comenzando por el lado de las inhibiciones, por ser lo primero que comenta con respecto a los estudios y a su relación con las mujeres.

Ya se había explicado que la inhibición tiene un carácter de precaución. Evitando tanto acciones sexuales prohibidas, como situaciones que pudieran proporcionar éxito o provecho, es decir, aunque es algo motriz, se refiere tanto a actos, como a la capacidad creativa o del mundo de las ideas. Todo esto con el fin de no enfrentarse ante el Superyó. Así no está del lado de la represión, sino de la imposibilidad o mejor dicho de la incapacidad.

Por ejemplo el fracaso en lo escolar para corroborar que aunque quiera no puede ser tan perfecto como el Otro, como el padre con quien se ha identificado.

En este sujeto, se puede observar como ayudado por el fuerte investimento que le da al pensamiento o a la actividad intelectual, a calcular, a crear mentalmente, todo eso lo aparta de lo demás que no quiere saber. Busca el conocimiento para suplir el saber. El uso de la fantasía que se supone tiene el sujeto es debido a su cercanía con la religión, ya que por su causa es que ha idealizado. Es decir, su fuerte tendencia a erotizar el mundo de las ideas, de las abstracciones, de la contemplación, de la religión, se ve transformada, no sólo es una inhibición, sino en un síntoma como el no poder organizar su pensamiento, su aprendizaje, como una forma de pagar por saltarse la ley, es detenerse al acceso completo del mundo del lenguaje. Además, también como muestra de esta erotización del pensamiento se puede ver en su tendencia a elaborar fantasías o platicar cómo haría para acercarse a las muchachas que le gustan, sin llevar a cabo las acciones.

Tal vez podría verse en la imposibilidad de aprobar la materia de Contabilidad financiera, cuyo significante sólo trae una asociación de la maestra con la tía que es severa; que esto puede tener que ver con la incapacidad para cuantificar, para organizar los datos en activos y pasivos – por utilizar el lenguaje de la materia - lo que se tiene y lo que falta.

Pero existe otro aspecto que da luz en el caso, sobre el que el significante de contabilidad lleva a la esfera del hablar y del callar, basándonos en que en la infancia ya había existido un síntoma relacionado con esto y por lo que fue llevado al psicólogo, además, del asma infantil. De tal manera que, el síntoma viene a reafirmar o a resignificar el asma que padeció en la infancia, como base para la angustia, su negativa a hablar, su enfermedad que se relaciona con los órganos para emitir palabras, así como el significante que enlaza con “contabilidad”, que remite al acto de contar, de contar como sumar objetos,

pero también del decir a alguien algo, además de lo que puede implicar contar para alguien, contarse entre alguien.

Y se ve más claro que es con el decir, pues el síntoma sustituye su necesidad de contar, así, mejor lo hace por formación del inconsciente en lugar de verbalizarlo. Lo que queda en silencio es esa angustia que se marca en el cuerpo.

Cuando relata porque no confía en nadie, está diciendo que es por el acto de contar que se trae un efecto desagradable, o una traición, o una violación. Si “soltó la sopa”, entonces vemos como hace asociación entre el decir, el comer o la comida y el efecto de castigo posterior, la traición y no cualquier traición, sino una violación. En otras palabras el decir abre las puertas a lo sexual.

Al escribir la autobiografía y mencionar la enfermedad que padeció no menciona el motivo de esta, deslindándose de la culpa que aún no le es consciente y que, por lo mismo, desexualiza.

Recordemos que para él, no era lícito tener relaciones sexuales, pero por un mandato religioso, no por convicción. De ahí que la única manera de permitirse ceder al deseo sexual, fue por la metáfora del amor, como si borrara con esto el contenido sexual del acto. Justificación por el amor, que después no le sirve, pues el castigo es por lo sexual, no por lo amoroso. Castigo que una vez ejecutado descubre esta realidad.

Podemos ver también una suerte de identificación con la hermana menor que no come, o que padeció de anorexia, cuando hace referencia a ese síntoma, aclarando que él si come, mientras que su hermana no, como culpando a otra persona y no a él. El pecado de no comer es cometido por otro, y este no comer, ya que deja huella en el cuerpo, está enlazado también con la angustia y por tanto con lo sexual. Es de lo sexual que se abstienen no comiendo, del saber sexual que no desean saber.

De tal manera, vemos en estos fenómenos expuestos, tanto de inhibiciones, como de síntomas que el joven de lo que se ha impedido hablar es sobre lo sexual. Aunque sabiendo que lo que no se dice se actúa, de alguna manera tiene que pagar por su silencio y esto es, con el cuerpo.

2. La culpa en el cuerpo.

La marca en el cuerpo, queda como una señal, como algo que no se borrará, como si todos pudieran apreciar su falta, su pecado. No hay culpa consciente o verbalizada, pero ésta se dirige al cuerpo como castigo.

El joven no lamenta haber terminado su noviazgo, pues parece que le es más fácil fracasar en esta relación y esto es porque al triunfar en su relación amorosa, significaría que la prohibición no tuvo efecto, así es mejor el fracaso, de tal manera que reafirma no sólo con la enfermedad sino con las pocas posibilidades para proseguir con el noviazgo que un hecho prohibido no se puede seguir cometiendo. Además inhibe su amor, de pronto ya no siente lo mismo por ella. Vale más la inhibición que enfrentar de nuevo el sadismo superyoico. También se puede decir que no triunfa la relación amorosa, porque su naturaleza es sexual antes que amorosa. El amor ya no le sirve para justificar su hecho sexual. Mientras lo tomara como algo amoroso, sería un acto de obediencia a dios, no una decisión persona, pero su pulsión poco sabe de mandatos y del amor.

Inhibición en lo intelectual, mientras que en el cuerpo se va como enfermedad. La lesión en el esófago, como si hubiera hecho un gran esfuerzo al expulsar. Expulsar como un acto de deshacerse de algo propio del mismo cuerpo, podría ser esto sinónimo de eyacular o, tal vez, del intento por deshacerse de algo. Las úlceras provocadas por la expulsión de líquidos, como si el líquido fuera dañino, el esfuerzo por eyacular es

castigado. El esfuerzo por tener relaciones sexuales, el fuerte deseo de romper la ley, el rompimiento de la ley, trae el castigo por la vía en que se efectuó.

Así como el esfuerzo en callárselo, no confesar la culpa, le trae castigos. Por medio de aislamiento o del alejamiento de la persona que provocó la tentación y la falta. Y aunque la culpa no es manifiesta al principio y por el contrario parece no experimentarla, esto no es otra cosa que el efecto de las defensas que utiliza. Defensas del desconocimiento de la culpa.

Funcionando de alguna manera desde la formación reactiva, por la que puede dirigirse hacia sí mismo la agresión y conservar la adaptación y la cortesía hacia el exterior para ser aceptado por los demás.

Sin embargo esto, no impide que el Superyó actúe, por el contrario, es una especie de círculo vicioso, en el que el Superyó castiga y el Yo se defiende aislando, pensando, fantaseando, anulando retroactivamente; tantas defensas que no le dan al Superyó más que evidencia de culpa para continuar martirizándolo. Anulando la presencia de la novia, de su significante, anula el deseo. Anulando no sólo la presencia de la novia, sino del hecho sucedido, como lo hace en su autobiografía, no lo menciona como si el deseo jamás hubiera existido.

Ante la culpa realiza un engaño, manteniendo lejos el motivo de la culpa, por efectos de la represión (como en la histeria), pero a cambio ofrece el cuerpo a través del sufrimiento y la cirugía, evitando así un castigo superyoico mayor.

Lo que hace es volcar sobre sí mismo el padecimiento que descaba a sus padres. La culpa, como se decía, está en el Otro, en el deseo del Otro, es aquel quien merecería el castigo, al ser imposible tal situación, asume el castigo para el otro, colocándose como víctima. Víctima de los padres descuidados. De una madre sobreprotectora, pero que lo desatiende, sólo se acerca de manera que puede resultar fastidiosa y de un padre que se

tarda en cumplir con su deber. Así la operación es un padecer para la madre que tiene que poner más atención en el hijo que no comía bien y un gasto económico muy fuerte para el padre. Se ve el efecto del sadismo hacia los padres, vuelto como masoquismo en el sujeto. El mal deseado a los padres, es ese padecimiento en el cuerpo, también como una forma de ejecutar la castración en ellos, de demostrarles en la imposibilidad o falta física y que, por otra parte, es en cierta medida una manera de herirlos, sin destruirlos, como a sí mismo.

3. El dios-padre.

¿Quién es el padre para este sujeto? De acuerdo a los síntomas narrados y a lo explicado como la relación con la madre, se puede observar cómo el nombre del padre está matizado de una manera muy particular, desde la perspectiva religiosa.

Así pues, hay que señalar el papel central que juega la religión para la familia, como algo que dirige la mayor parte de sus actividades, como lo señala desde el principio el joven. De tal manera que él es alguien que sigue reglas y normas impuestas, como también lo demuestra su puntualidad y cumplimiento en entrevistas, siendo por obligación y no por una demanda suya. Se puede observar, como la religión es un factor que contribuye a las identificaciones parentales, a la conformación de un tipo especial de Superyó, al manejo de sus deseos, las inhibiciones y síntomas, así como a la relación específica que surge con la Ley y como consecuencia el castigo, el goce y la castración; pues es la madre quien le enseña religión, quien le presenta algo más valioso que él y que lo introduce en un mundo de reglas y mandatos divinos.

Su necesidad de estar en asuntos religiosos, de ser un buen cristiano, es resultado de la identificación con ese padre-dios. Al que en algún momento señala como despiadado. Manifestado la ambivalencia que provoca toda identificación. En primer lugar lo reconoce como un padre bondadoso y amoroso y después cuando da cuenta de su síntoma como

castigo, lo refiere como iracundo. Así es como ese dios-padre, objeto de identificación es castigador, le ama pero también le odia.

El padre que ha conocido este sujeto es el padre de la religión, es dios, pues es el venerado por la madre, es el que ella ha introducido (como ya se dijo anteriormente mediante las clases de religión y la educación). Ante un padre que, de alguna manera en la realidad es más poderoso que cualquier otro, ¿Qué salida podría tener? ¿Cuál es el padre ideal que se ha conformado el sujeto? Sin duda uno demasiado perfecto para poder alcanzarse, lo que trae a consecuencia un Superyó severo y en constante vigilancia.

Sabiendo que el Superyó es la instancia heredada o tomada de la de los padres, se puede ver como en este caso es realmente arcaico y proveniente de una fuerte idealización, matizada por la religión. El Superyó no podría ser débil o generoso, si no lo es nunca, mucho menos representando una imagen tan perfecta como la del dios cristiano, que es un padre muerto y por lo mismo eterno, reencarnado e infinito, omnipresente, omnipotente y omnisciente, según la teología. Un padre al que socialmente se le rinde culto y que tiene el derecho a castigar. Esto es justamente el Superyó que posee el sujeto.

Es así, como en la dinámica edípica que podría estar viviendo este sujeto, el falo lo tiene dios, por lo tanto dios será el objeto de su identificación, de ahí que el castigo será tan duro como su diferencia con él. Dios aparece en una figura completa, por lo tanto fálica, es el significante introducido e incorporado como Superyó.

Se presenta, además, una madre sobreprotectora, cuidadosa cuya herencia psíquica es un Superyó con carácter de divino, cómo si el acercarlo a la religión también lo pudiera proteger y mantener a salvo. Es este dios quien hace la función de nombre del padre, pues el que tiene en la realidad únicamente provee de lo material de una manera no tan efectiva como quisiera el sujeto.

Por otra parte, la religión le justifica la inhibición acerca de su comportamiento con las mujeres. Aunque por lo relatado, esa inhibición, esa inmovilización o impedimento para relacionarse con las mujeres que podrían ser permitidas, no es así con las que se refieren con cierta prohibición, como es el hecho de su primera relación sexual en un momento en que la Iglesia obliga a la abstinencia expresamente, y luego involucrarse con la prima y con la mujer de la que su mejor amigo está enamorado.

Es claro que la inhibición está en fuerte relación con la ley, ya que cometer el pecado el día en el que dios ha muerto, en el que el padre hecho hijo y hombre muere, no puede dejar de significar algo desde esta perspectiva. Es el único día en el que para la tradición católica el mundo se queda desprotegido, el viernes santo es el día en que muere el hijo de dios e incluso en los templos se manifiesta tal situación de desconsuelo estando en silencio y oscuridad. En este día no hay celebración eucarística, la humanidad está sin padre. Y los católicos han de expiar la culpa por los pecados que han llevado a tal sacrificio. En lugar de sacrificar, de expiar, de dolerse por la muerte de dios, comete el pecado de la carne, como si en lugar de luto, fuera ocasión de libertad. Aunque después viene la culpa y el castigo. Efecto retardado de la ley.

Consecuencias de hacer una afrenta hacia esa ley. Acercarse y tener relaciones sexuales con las mujeres prohibidas, es la ocurrencia del incesto. Su deseo sexual apareció sin ninguna protección, sustitución ni nada que pudiera detenerla, quedando indefenso ante la ley. Es así una afrenta inconsciente e ingenua.

El síntoma al ser una sustitución de satisfacción pulsional, trae por un lado el padecimiento, pero por el otro la venganza. Es por medio del masoquismo que puede manifestar su agresión a los otros. Le provee de un orden, de un límite también, como lo dice Lacan con su *sinthome*.

Es pues, un llamado al nombre del padre, a la ley, a la castración. El síntoma es ejecutar la castración hacia los padres que no han sabido darle los límites que requiere. Un castigo que lo salva y lo martiriza. Entonces, es un intento de librarse del castigo superyoico, invocando la ley. Paradójico.

Tal como se actúa en la neurosis, que por medio del odio es la forma en que se puede asumir la castración y en que se escapa del goce materno, separándose del objeto.

Y, aunque el síntoma surge cuando aparece la dificultad con la ley, con este hecho de trasgresión, es una forma de llamar su atención.

Lo que sucede en el sujeto, es que el síntoma lo exenta del sentimiento de culpa, pues se siente enfermo, no culpable. El síntoma sustituye algo que no se puede decir y es la culpa de lo que no se quiere saber, de la angustia y en el fondo del deseo incestuoso y del parricidio en una reedición.

El síntoma sirve aquí para sustituir lo que falta por ejercerse como castración para no llegar a la desobjetivización.

Cada castigo, como lo había dicho Freud, es la castración y por lo mismo una forma de someterse ante el padre. De tal manera que esta enfermedad le ayuda a regresar a esta posición, a conservarse como sujeto de la ley.

Y aunque la enfermedad lo hace recuperar la relación cercana y sobreprotectora con la madre, se defiende de nuevo, ante esta vuelta a la infancia, con la ambivalencia, con el odio por la cosa que acosa, el objeto primario que pretende absorberlo.

Con el síntoma también se previene de ser tocado o de tocar nuevamente, cómo aquel quien ha roto un tabú, convirtiéndose el mismo en objeto tabú. La violación de un tabú sólo se compensa por una penitencia, una renuncia. La renuncia pulsional.

Al final su decisión de ingresar al grupo religioso, puede ser una búsqueda de estar bajo el resguardo y asegurarse así la protección y la salvación. Ante su desco y ante el castigo superyoico.

Por otro lado el síntoma también viene a tranquilizar la furia del Superyó, así, aunque éste sea comandado por la pulsión de muerte y el goce, podría aniquilar al sujeto por la falta cometida, el sujeto hace uso del síntoma para proveerse una disculpa y no ser agredido en mayor medida por el Superyó.

El sujeto no sólo reescenifica en el exterior el conflicto edípico, la trasgresión de la ley paterna, su reacción de disfrutar del placer de la carne ante la muerte del padre, sino que lo lleva al interior, castigándose mediante la enfermedad y luego por la culpa.

Estragos superyoicos, el síntoma en el cuerpo como castigo por la falta, la inhibición del pensamiento para impedir los deseos incestuosos, para impedir el reconocimiento de la ausencia y quedar como un goce instalado, en el que no hay cuenta de lo que se tiene y lo que falta.

Superyó que desde la religión se instaura fuertemente y que sólo ocasiona el círculo vicioso de la presencia contundente de los deseos opuestos.

Superyó enlazado a la pulsión de muerte, que no aniquila a su culpable, sino que lo mantiene con vida para seguir martirizándolo y empujándolo a que cometa nuevos crímenes que sacien su goce. ¿Cuántas mujeres prohibidas más entrarán en su vida?.

La primera fue, quizás, afrenta directa contra la ley del padre, de honrarle como algo sagrado, la segunda es el acercamiento al incesto y la tercera, ante la regularización social con el semejante.

Tanta insistencia de enfrentarse con la ley, es un anuncio de necesitar sentir que lo que busca es imposible, que el deseo insiste y requiere de la culpa, de la angustia.

Y si por un momento no hay culpa a experimentar y lo manifiesta por el cuerpo, es también que el pecado cometido, no es sólo en relación al incesto, al comercio sexual con la mujer prohibida, sino también el del parricidio, pues, Freud había comentado ya, que la violación a la ley de dar muerte al padre, acarrea un castigo automático.

El pecado da más poder al castigador. La muerte del Tótem lo hace estar más vivo en el recuerdo, lo eterniza, así este acto considerado como pecado, endurece el castigo superyoico.

Es así como se puede comprobar la vista doble de la ley, la prohibición y la tentación, pues la muerte de dios recuerda que hay una ley, que hay un pecado que se cometió: el parricidio, que se quebrantó la ley y por tanto habrá castigo. Recordando pues la tentación a cometerlo, así lo actúa, pues la muerte reanima el deseo.

En otras palabras lo que está reflejando es la falta de un padre que intervenga, es decir, la petición de que venga el padre a ejercer su papel, a que venga a señalar la imposibilidad y la castración para poder mantenerse a distancia de esa madre que está en todo momento para cuidarle.

Evidentemente también está la falta incestuosa, puesto que la falta tenía que ser de índole sexual, pues lo que castiga la conciencia moral, es lo pulsional, lo sexual.

Pues para este joven lo sexual es casi una misión. El significante de misión, así como Jesucristo tiene una en semana santa que es la redención del hombre, así el sujeto tiene otra misión, pero de índole sexual, por eso va preparado con los preservativos, que lo protegen del embarazo o de infecciones, pero no le sirven para detener su deseo.

Así, tener relaciones sexuales, además de quebrar en un primer momento la ley, atrae hacia sí el castigo, como un llamado a la castración. Pero también es desde otro punto de vista una manera de escapar de la mirada siempre vigilante de la madre. Pudo hacer algo no aprobado por ella y de lo que no se dio cuenta, provocándole un daño posterior con

el síntoma. Es a la madre a quien castiga con su enfermedad, pues es ésta la que sufre y tendrá que cuidarlo.

Es una demanda de ausencia y presencia, ni tan cerca ni tan lejos. Ya que se alejó, él pudo pecar, por tanto el castigo viene para la falta de la madre, para recordarle que ella también está en falta, está castrada y no tiene control sobre la vida de su hijo. La llamada a la castración es para ambos. La necesidad de la ley, del padre, es para detener a ambos.

Este llamado a la ley es como si se hubiera enfrentado a lo real del padre, pues ni el imaginario, ni el simbólico fueron suficientes para detenerlos, hizo una invitación al real. Es decir, al Superyó del goce. Al que causa la culpa.

Necesitaba nombrar al padre, invocarle, matarlo, hacer caso de su deseo ilícito para salir del puro deseo de la madre. El sujeto llama al castigo y el Superyó responde con todo su sadismo, sin aniquilarlo del todo, sabiendo que para el sujeto será imprescindible seguir clamándolo para alejarse del acoso, sin darse cuenta que cada que lo invoca, se acerca a lo que rechaza. Todo esto lo hace buscando una mujer que no es la madre o de la familia, pero las relaciones sexuales, las efectúa en la casa de dios, aprovechando el momento de su muerte.

Pero ya que las pulsiones son primarias, de ahí su repetición, pues no hay que olvidar que la sede de las pulsiones es el Ello y a él le pertenece la compulsión a la repetición. La búsqueda de mujeres un tanto prohibidas.

Es por el narcisismo que prefiere el castigo a seguir quebrantando la ley, pues eso sí le provocaría la muerte, así sólo es un goce o dolor continuo.

Y esta repetición, esta continuidad, referida al goce, también provee la satisfacción de todo organismo que es la cercanía a un estado anterior a la vida, como es la muerte. Por otra parte, esta referencia con la compulsión a la repetición, indica su carácter de insatisfecha, de remitir a la falta, a la ausencia, a la falta en el Otro.

CAPÍTULO V

CONCLUSIONES

*Todas las voces sepultadas en el enorme panteón
del aire que rodea la tierra
revivirán de pronto para decir que el hombre sólo es eso,
un sonido extinguiéndose, una risa, un lamento,
penetrando en su muerte como en su crecimiento.
Esqueleto de una sombra,
estructura de un vuelo,
rastros de una piedra en el agua,
deseo, sólo deseo, sueño, sólo sueño.
Con los ojos cerrados miro lo que quiero
y lo que quiero no existe.*

Jaime Sabines.

La teoría psicoanalítica nació con la idea de que había algo más allá de lo evidente que movía hacia la enfermedad o a la cura. Para Freud quedó claro que algo más fuerte dentro del sujeto era el inconsciente, pero además de esto encontró que la dinámica psíquica padecía de una suerte de confrontación entre partes opuestas. Así, a partir de lo que observa y reflexiona, Freud da paso a la construcción de las llamadas Tópicas. Para explicar mejor la constitución del psiquismo, lo hace partiendo de que está conformado por tres partes principales, llamadas consciente, preconsciente e inconsciente.

En la travesía de los descubrimientos psicoanalíticos, sin duda en la obra más importante al inicio como lo es La interpretación de los sueños, Freud encuentra que esa primera tópica, que en principio le sirve para dar muestra de que el comportamiento humano no es totalmente consciente, necesita de otra que manifieste no sólo la forma de la

mente humana, sino también su actuar, su contenido y es así como llega a la descripción de la segunda tópica: Yo, Ello y Superyó.

El Yo ha sido para muchos la parte esencial y más importante de los sujetos, sin embargo para Freud, es en el Ello y en el Superyó donde radica lo primordial. Difícilmente podría llegarse a entender al Ello, pero al Superyó, por la forma en que se mueve y que se revela, es por fuerza más útil a la clínica psicoanalítica.

El camino no ha sido sencillo, pues el Superyó es un concepto complejo y oscuro, pero dado sus enlaces con la realidad, con la figura del padre, con el lenguaje, con la Ley y con el Edipo, es como se ha conseguido un acercamiento.

De tal manera que, la construcción del concepto superyoico lleva por dos vertientes, por un lado, el abordaje propiamente teórico y por otra parte su formación en los sujetos.

Así pues, el Superyó conceptualmente, apareció desde los textos donde Freud comenzaba a explicar que el ser humano está regido por otros procesos que no son conscientes. Cuando introduce el inconsciente, se da cuenta, que además de la libido que conduce la conducta del hombre, está algo más que le impide el éxito, la cura en análisis, que provoca pesadillas, etc.

Lo comienza a avisar desde su *traumdeutung*, en el que habla de la censura, luego al presentar la primera tópica donde el elemento que ejecuta la censura es el preconscious, después reconociéndolo como la conciencia moral, el ideal del Yo, es como hace el recorrido hasta llegar a nombrarle Superyó. Enlazado con el lenguaje desde el comienzo de su construcción teórica, el Superyó posee voces escuchadas del mundo exterior, que se apropian y se convierten en un discurso interno, en aquella parte que provoca seguir produciendo significantes, que el deseo continúe, pero que también se lleve implícito un mensaje de goce, del más allá de la ley, del silencio.

Desde su relación con la ley, queda enlazado con la figura paterna, desde sus tres registros: con el padre de la ley y del lenguaje que es el simbólico, con el imaginario que se expresa por el ideal del yo y con el real, que es el padre muerto que recuerda por siempre el crimen cometido y por ende la culpa. Culpa que nace de la tentación por no cumplir con la ley fundamental: Prohibición del parricidio y del incesto.

En cuanto a la conformación del Superyó en el sujeto, deja en claro que su procedencia se debe al desvalimiento del niño, por el que necesita del otro y comienza la relación de necesidad, demanda y deseo que enmarca la situación edípica.

El Superyó como heredero del complejo de Edipo, toma su fuerza pulsional del Ello y la constitución en ley de los ancestros de los padres del sujeto. El complejo de Edipo, no es otra cosa que la internalización del conflicto que en la realidad, representa el amor hacia la madre y la ambivalencia ante el padre. Conflicto que, dado el narcisismo, es preferible abandonar para sobrevivir; se sepulta en el inconsciente, desmezclando las pulsiones, conservando la ternura y libido en la vida exterior y llevando hacia dentro el rencor, el odio y la rivalidad.

Pero, ¿de qué le sirve al sujeto este sepultamiento? ¿cuáles son las consecuencias? ¿qué hace ahora el padre internalizado? Así, Freud reconoce las funciones del Superyó, que a su vez sigue dándole pistas para entender su naturaleza; por lo que halla que su finalidad es la de observar, de vigilar y de castigar, como un padre real, la ley y el más allá de la ley instaurado dentro del sujeto.

Sin olvidarse de que al interior no sólo está el Superyó, sino también las otras dos instancias, como el Yo y el Ello, hace una diferenciación de las mismas. Por lo que, acierta en comprender que el Ello es el principio y que está regido por la repetición, es lo que está presente desde siempre y existirá lo imposible de apalabrar, pero también lo que causa las formaciones del inconsciente.

El Yo surge por la relación del sujeto con la realidad, como una necesidad de hacerse de un representante o agente que tramite la satisfacción. Conformado por medio de la identificación narcisista, misma que condicionará sus relaciones objetales subsecuentes y que da como resultado el Ideal del Yo, que viene a ser uno de los papeles importantes del Superyó.

De tal manera que esta imagen idealizada de sí mismo, junto con el conflicto Edípico hacen que se diferencie esta estructura superyoica. Surgiendo así sus funciones, la de representar ese Ideal, la de observar al Yo y criticarlo, y la de fungir como conciencia moral, es decir, de recordarle la ley fundamental. Funciones que convergen en la constitución de la culpa y el temor a la castración.

Sin embargo hay algo que puede determinar la diferencia en cuanto a la manifestación del Superyó en cada sujeto y eso tiene que ver con la relación que guarda esta instancia, con el Yo, dependiendo de la estructuras psíquicas, suponiendo que, llevado el Edipo hacia el interior y por ende colocado el Yo como objeto, es como cada sujeto se defenderá de distinta manera ante las demandas superyoicas.

Así, el obsesivo se defiende usando diversas herramientas, como el aislamiento, la anulación retroactiva, el desplazamiento, la formación reactiva y la regresión, además de la erotización del pensamiento; mientras que la histérica hará uso de la represión y el melancólico sin muchas opciones, se someterá fielmente al castigo y la culpa. Situación muy distinta pasa por el psicótico, cuyas alucinaciones sustituyen las voces paternas de la Ley que forecluyó. Y por último, el caso de la perversión, como algo totalmente diferente y opuesto, usando la desmentida de la Ley.

En realidad esta posición del Yo frente al Superyó, enmarcado en la estructura psíquica, no es otra cosa que la forma de enfrentarse ante el castigo que anuncia la instancia paterna, es decir la castración. Que, no obstante, es inevitable tropezar con los otros

conceptos inmersos, como son: la culpa, la angustia, la pulsión de muerte, el goce y la castración. Situación que no hace más que acercarse a su esencia sádica y mortífera.

Para asumir la castración, y enfrentarse al Superyó, se pueden encontrar varias formas, como ya se había mencionado, dependiendo de la estructura psíquica, pero además existen otras veredas por las cuales salirle al paso, como lo son la inhibición, el síntoma y la culpa. La inhibición como el impedimento a actuar o a pensar. El síntoma como un mensaje a descifrar, como una metáfora del deseo, que a veces es el que sostiene al sujeto, como defensa ante el sadismo superyoico. Encontrándose también el placer en lo displacentero, que después lleva al concepto de goce y de masoquismo.

Además, es el síntoma algo esencial en la vida humana, puesto que sirve para tramitar excitación o dar salida pulsional, de tal manera que busca el equilibrio del sujeto.

De donde, el masoquismo remite a la conciencia de culpa, por la que el sujeto puede generarse síntomas, o mejor dicho castigos, que provienen de la vuelta del sadismo en masoquismo.

La culpa proveniente de la primordial, es decir la que surge por el simple deseo de cometer parricidio e incesto, además tiene su marca en los tres registros lacanianos, por los que no queda duda de que existe una parte de ella que no se puede eliminar. Por lo que se conoce la culpa expresa, la vivida y la muda. Culpa muda que es absolutamente sometida al Superyó.

Todo lo anterior da paso al manejo de los conceptos como: la castración, el goce y la angustia. Buscando su relación desde lo que significa enfrentarse con la pulsión contraria a la de vida y que es la de muerte, por la que todo organismo tiende a su inicio, es decir a la nada.

Esto sirve, en primer lugar, para situar al Superyó del lado de la pulsión de muerte, que como se había mencionado, no posee ningún resto de pulsión de vida, dada la desmezcla que sucede al sepultar el Edipo.

En segundo lugar, para entender que esta pulsión de muerte es la que da lugar al sadismo superyoico y que vuelto en el Yo se puede llamar masoquismo.

Situación que se vive como en un círculo repetitivo. El Yo no es el objeto que se busca y por lo tanto está en falta, así que el Superyó se lo recordará y lo castigará por eso. No lo puede tratar de otra manera más que con crueldad, porque sólo posee pulsión de muerte. Y esto es el goce del Yo, padecer, pero conservar la atención del Superyó.

Sadismo que no implica la aniquilación, porque no tendría ya un objeto hacia quien dirigirse. Y que, por otra parte recuerda la compulsión a la repetición de la pulsión.

Pulsión de muerte traducida en Goce, que lleva a revivir el deseo incestuoso y parricida, para volver a la sensación de culpa y de castración, que de nuevo rememoran la falta y por tanto renuevan el deseo. Y ya que la forma de dar salida a la pulsión puede ser el síntoma, éste es por tanto, un goce encapsulado, guardado en el cuerpo.

Sin olvidar que la angustia juega un papel principal en esta dinámica, y que es la de anunciar el deseo y su consecuencia: la castración. Es así, como toda angustia, es angustia de castración y por ende de muerte, pues señala el máximo castigo por transgredir la ley.

La angustia preserva al sujeto del castigo que es enfrentarse a su deseo, pero también es ya un mensaje de que se está en falta, porque se desea algo. En otras palabras, anuncia el peligro y el castigo ya efectuado. Sin la angustia se buscaría lo deseado, regresar a la unión con la madre, que finalmente es también regresar a la desubjetivización. De tal manera que la angustia como anuncio de castración es una defensa y la posibilidad de ser sujeto.

Es así, como el sadismo superyoico puede verse desde un enfoque de favorecedor del sujeto, puesto que al estarle recordando y castigando por la falta de ser o por el quebrantamiento de la Ley, permite que el sujeto quede en falta, quede dividido, alejado de la satisfacción. Dejando una distancia sutil con el objeto y al mismo tiempo evitando que se convierta él mismo en el objeto.

Pero esto no es un acto bondadoso del Superyó, por el contrario es lo que puede hacer, o lo que quiere hacer, pues en nada le convendría a su sadismo aniquilar al sujeto y dejarlo como simple objeto. No tendría a quien castigar. Este es el otro enfoque por el que se puede reconocer en el Superyó, a esa instancia que permite o favorece, sólo para poder castigar.

Ningún sujeto, entonces, puede escaparse del Superyó, porque no sería sujeto. El Superyó es estructurante. Aún en la psicosis, se puede ver al Superyó en las alucinaciones. Es así, como hablar del Superyó, hablar del sadismo superyoico, se convierte en una necesidad imperiosa e irremediable por abordar en la clínica.

La práctica clínica quedaría sin fundamento al olvidar lo que hace a un sujeto serlo. La teoría construida desde la especulación puede llevar a encontrar explicaciones más amplias y profundas sobre la vida anímica de los sujetos, como lo es en el caso expuesto y qué, aunque el lector pudiera encontrar otras interpretaciones, pues éstas son sólo acercamientos, indican cómo un caso que aparentemente es sobre fracaso escolar, puede remitir a otras ideas del funcionamiento completo de los sujetos. Por lo que la forma de intervenir tendría que ser desde otro ángulo si se esperan resultados positivos con respecto al rendimiento académico.

Mediante la exposición del caso, y apoyados en planteamientos psicoanalíticos, hemos introducido en nuestro campo explicativo, pasajes que nos orientan a la búsqueda del entendimiento de los acontecimientos que se desprenden del caso presentado. A la luz de una teoría que no se queda en el borde, se pueden encontrar algunos motivos o causas de la conducta.

Así, se puede ver como su bajo rendimiento académico, por lo que fue referido a la atención psicopedagógica no es simplemente un problema de método de estudio o de procesos de aprendizaje, sino que está enlazado a todo lo demás que lo conforma como sujeto.

Su ingreso a un programa de atención psicopedagógica, es además el momento en el que comienza a sintomatizar, tal vez por la situación extrema en la que se considera el sujeto o porque vio como el lugar para poder manifestarse desde el inconsciente de esta forma.

El sujeto del que se habla, revela como el Superyó puede brindar muchas formas de expresarse, desde la inhibición intelectual, ante lo sexual que no puede ser contado y como todo esto se va como síntoma hacia el cuerpo.

Culpa en el cuerpo que, mediante el síntoma denota el castigo por infringir la ley. Ambas leyes, el reconocimiento del parricidio, por efectuarse en viernes santo y del incesto cometido simbólicamente. Síntoma que además reitera su esfuerzo por callar lo sexual o su deber por no nombrarlo. Pero también que envía el mensaje hacia los padres, pidiéndoles intervención, pidiéndoles límites.

Petición hacia el padre, ese padre significado en la figura del dios católico, por el que se siente fuertemente protegido, pero también amenazado. Introducido por una madre sobreprotectora y al mismo tiempo ausente.

Con todo esto, se conforma un Superyó tan rígido como las leyes divinas y que está representado por un dios perfecto. De tal suerte, que el sujeto no tiene otra salida más que someterse al fuerte castigo por su falta. Así, se enfrenta a un Superyó, realmente poderoso, que acrecienta su sadismo, con cada surgimiento de deseo y que lo lleva a colocarlo en el límite de la ley, para seguirlo tentando y después castigando.

Sin aniquilar al sujeto, pues el sadismo superyoico, prefiere la repetición (es la pulsión de muerte), mantiene a su víctima con vida, para continuar el castigo.

La hipótesis planteada en el principio era que: Los fenómenos manifestados, más que un castigo son una defensa ante el sadismo superyoico en el caso del joven. Que después de exponer el caso tenemos indicios para observar cómo los síntomas sirven de defensa ante el Superyó, pero hay muchas más evidencias de que los fenómenos descritos son resultado del castigo superyoico, dada la naturaleza sádica de esta instancia, que provoca un padecimiento continuo, por medio de la angustia y la culpa. Mientras exista la pulsión, existirá el castigo superyoico.

El caso revela un problema que no fue resuelto, pues por el contrario el joven terminó por ser dado de baja, lo que podría considerarse como un fracaso del programa, que desde el ángulo psicoanalítico se puede entender como un síntoma más, que lo sostiene y que si se habla de resistencia a la cura, tendrá que estar relacionado nuevamente con el Superyó.

Sin embargo, el fracaso puede atribuírsele a la institución o al mismo programa, aunque la retención de los alumnos no puede ser el principal objetivo de un programa de apoyo, si lo que busca es que el sujeto se conozca y pueda hacerse cargo de sus decisiones

La intervención en casos académicos, pues, no puede observarse desde una visión plana, sino que habrá que vislumbrarse desde más puntos de vista que puedan favorecer el desarrollo de los sujetos, para que tomen la decisión por si mismos de si desean o no permanecer en la institución.

Las limitaciones encontradas en esta investigación son en primer lugar, que no era una situación de análisis y que la demanda no provino directamente del sujeto. Además de no haberse registrado el discurso del sujeto, lo que provocó que se recurriera a algunos textos escritos por él y a la memoria del que lo escuchó.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aflalo et al. (1989) *La envoltura formal del síntoma*. Argentina: Ediciones Manantial

Bello, A. (2003) *Ficciones sobre la muerte*. México: Editorial La Mano.

Braunstein, N. (1998) *Goce*. (3ª. Edición) México: Siglo veintiuno editores.

Baudelaire, C. (1979) *Las Flores del Mal*. España: EDAF.

Freud, S. (1913/1998a) *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis. Obras Completas* (5ª. Reimpresión) Vol. XII. Argentina: Amorrortu editores.

Freud, S. (1913/1998b) *Tótem y Tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. Obras Completas* (5ª. Reimpresión). Vol. XIII. Argentina: Amorrortu editores.

Freud, S. (1914/1998a) *Introducción del narcisismo. Obras Completas* (5ª. Reimpresión) Vol. XIV. Argentina: Amorrortu editores.

Freud, S. (1914/1998b) *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Obras Completas* (5ª. Reimpresión) Vol. XIV. Argentina: Amorrortu editores

Freud, S. (1915/2000) *Pulsiones y destinos de pulsión. Obras Completas* (9ª. Reimpresión) Vol. XIV. Argentina: Amorrortu editores.

- Freud, S. (1916/2000) *Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. Obras Completas* (9ª. Reimpresión) Vol. XIV. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1919/1999) <<Pegan a un niño>>. *Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. Obras Completas* (6ª. Reimpresión) Vol. XVII. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1920/1999) *Más allá del principio de placer Obras Completas* (8ª. Reimpresión) Vol. XVIII. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1921/1998) *Psicología de las masas y análisis del Yo. Obras Completas.* (5ª. Reimpresión) Vol. XVIII. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1923/1998a) *El Yo y el Ello. Obras Completas.* (5ª. Reimpresión) Vol. XIX. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1923/1998b) *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad) Obras Completas.* (5ª. Reimpresión) Vol. XIX. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1924/1998a) *El problema económico del masoquismo. Obras Completas.* (5ª. Reimpresión) Vol. XIX. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1924/1998b) *El sepultamiento del complejo de Edipo. Obras Completas.* (5ª. Reimpresión) Vol. XIX. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1924/1998c) *Neurosis y psicosis. Obras Completas.* (5ª. Reimpresión) Vol. XIX. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1926[1925]/1998) *Inhibición, síntoma y angustia. Obras Completas.* (5ª reimpresión) Vol. XX. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1928[1927]/1998) *Dostoievski y el parricidio. Obras Completas* (6ª. Reimpresión) Vol. XXI. Argentina: Amorrortu editores.

- Freud, S. (1933[1932]/1998) 31^a. *Conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica. Obras Completas*. (5^a. Reimpresión) Vol. XXII. Argentina: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1940[1938]/1998) *Esquema del psicoanálisis. Obras Completas*. (5^a. Reimpresión) Vol. XXIII. Argentina: Amorrortu
- Galindo P., C. G. (1982/Noviembre) *La función Paterna*. Universidad. Qro., México.
- Gerez A., M. (1993). *Las voces del Superyó*. Argentina: Manantial.
- Gerez A., M. (1999). *Imperativos del Superyó. Testimonios Clínicos*. Argentina: Lugar Editorial.
- Korman, V. (1996). *El oficio de analista. Conferencias pronunciadas en el Espacio Abierto de Trabajo en Psicoanálisis*, Barcelona. México: Editorial Piados Mexicana S.A.
- Lacan, J. (1948/1998) *La agresividad en psicoanálisis. Escritos I*. (20^a. Edición) México: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1949/1998) *El estadio del espejo como formador de la función del Yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. Escritos I*. (20^a. Edición) México: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1955). *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la clínica psicoanalítica* [Clases 11 y 12]. Versión CD-ROM. Infobase.
- Lacan, J. (1956) *Seminario 4. Las relaciones de objeto. Clase 3. El significante y el Espíritu Santo*. Versión CD-ROM. Infobase.
- Lacan, J. (1957) *Seminario 4 Las relaciones de objeto [Clases 12 y 13]* . Versión CD-ROM. Infobase.
- Lacan, J. (1962) *Seminario 10. La angustia. Clase 1, 2 y 3*. CD-ROM. Infobase

Lacan, J. (1975) *Seminario 23. El sinthoma. Clase 1. El síntoma y el padre.* CD-ROM. Infobase

Morales, H., y Gerber D. (comp.) (1998). *Las suplencias del nombre del padre.* México: Siglo Veintiuno Editores.

Sabines, J. (1997) *Recuento de Poemas 1950/1993.* México: Joaquín Mortiz.

Safouan, M. (1977) *Estudios sobre el Edipo.* México: Siglo Veintiuno Editores.

Safouan, M. (1988) *Angustia, síntoma e inhibición.* Argentina: Ediciones Nueva Visión.

Sófocles (2001) *Edipo Rey. Obras Selectas.* España: LIBSA

Tappan M., J.E, (2000/enero-abril) *Una perspectiva antropológica sobre el síntoma en las disciplinas "psi"* Cuicuilco. 7, (18) México.119-136.